

139
JULIA ANDRÉS DE VALLS

MAESTRA NORMAL

Cantos Rodados...

*LIBRO DE LECTURA
PARA 5° Y 6° GRADOS*

Autorizado por el Consejo Nacional de Educación

BUENOS AIRES
1926

\$ 1.70

LL
1926
AND

BB $\frac{A}{75}$ 3



00012421

Al Señor Pablo A. Pizzorno
con toda consideración y respeto.

En ex-almunna se cumplió
y en dedicarle este ejemplar.

Julia Andrés de Valls
25 de Septiembre de 1926

Cantos Rodados...

PERTENECIÓ A PABLO A. PIZZURRO

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

JULIA ANDRÉS DE VALLS

MAESTRA NORMAL

Cantos Rodados...

*LIBRO DE LECTURA
PARA 5° Y 6° GRADOS*

BUENOS AIRES

1926



139 X 194
Biblioteca Nacional de Maestros



PRÓLOGO

Al pensar escribir este libro lo primero que ha acudido a mi imaginación es formar un conjunto de lecturas con temas escogidos cuidadosamente, como que van dirigidos a niños y niñas en la edad en que apenas vislumbran los diversos matices de la vida a la cual aún no se han asomado y cuando recién se está plasmando el futuro individuo y la entidad más importante del hogar: la mujer.

Quisiera que al hojearlo sintiera cada niño un vivo deseo de leerlo, un afán por gustar todas sus páginas y fuera inculcándosele el amor a la lectura sana y recreativa, pero no esa lectura que se ofrece a diario, producto de cerebros enfermos del mal de la época actual, que es el ansia febril, por los goces extravagantes y exóticos, quizá más perniciosos al sentirlos puesto que han sido transplantados de países de muy distinta idiosincracia que el nuestro y que como injertos han *prendido* naturalmente en la masa celular de nuestro elemento joven.

Este libro es dado a la luz como ensayo y con la mejor buena voluntad de propender a la ayuda de mis colegas, si es que tan modesto trabajo puede serles útil en algo.

He insertado algunas poesias de varios autores por reconocerlas de valor para el motivo que me guía y algunas más muy pálidas por cierto al lado de las otras, pero como por experiencia sé cuánto gusta y deleita a los niños en general todo lo que se exprese sublimizando el pensamiento y tenga armonias al decirlo, por eso, digo, encontrarán trozos literarios para amenizar un poco la cotidiana lectura.

En algunos capítulos se experimenta franca alegría, en otros un dejo de amargura, pero pasajera; no importa, es el toque a las almas infantiles que comienzan a «sentir» y a comprender que la vida es una continua alternativa de «prosa» y «poesía» y podemos darnos por harto satisfechos los maestros, si por medio de una simple lectura logramos pulsar la fibra sentimental de nuestros alumnos.

No sé si al terminar de leerse este libro, juzgarán mi obra de pobre o de mediocre, pero si consigo sólo una parte de lo que me propuse al principio, me sentiría satisfecha, pues las fallas que en él hubieren estarían al amparo y escudo de la moral, afecto y más puras intenciones que he puesto en él.

Todo sea por ellos y para ellos: los niños, cantos rodados que arrastra en su corriente el río de la vida.

Refranero escolar

Niño: «Piensa que el tiempo es oro y que un día perdido no se recupera jamás».

No te precipites, sin embargo, porque las cosas hechas a la ligera hay que repetirlas para que salgan mejor, perdiendo en ello dos tiempos del compás de tu labor.

Pesa tus acciones escolares y procura que el adarme de hechos sea al mes un kilogramo de satisfacciones.

Quiera la suerte que no envidies las aptitudes ajenas, antes por el contrario trata de igualarlas, procurando con tu pequeño esfuerzo superarte en lo que en un momento te pareció difícil de ejecutar y lograrás un triunfo.

Si algún compañero te ofende o menosprecia, sé como el sándalo del cuento que devolvió «bien por mal».

No te desanimes por tus contrariedades escolares; reanímate y aprenderás para el mañana que donde muere una ilusión, nace una esperanza más.

No murmures ni calunnies, pues la conciencia no admite la mentira, que te llevará a enredarte en otras, para mantener la primera que dijiste.

Si en un mal momento pretendes hacer mal a los demás, recuerda que «al que escupe al cielo le cae en la cara».

Observa la labor constante de tu maestro y obedece y respeta sus disposiciones, y así disciplinarás tu vida, siendo útil a la sociedad en que vivas.

Y ahora bien, si al terminar el año lees nuevamente estos renglones y no sientes la satisfacción del deber cumplido, puesto que «el que mal anda, mal acaba», te diré con algo de pena: que lo que vuelvas a empezar...

El sonar de la campana

Oid atentos lo que dice
La campana de la escuela:
« Tin, tán, tin, tán,
«Acudid presurosos a estudiar.»
¡Cuán alegre es su sonar!
¡Cómo llama a la labor!
Su sonido, va cargado de emoción;
Es que juntos comenzamos
Del trabajo la oración
Para impregnar nuestra mente
De la ciencia que es un don.
Al que es bueno su labor le premiará;
Para el malo, la campana de justicia
ha de sonar.

Esperemos siempre alertas
De la campana el sonar,
Prodigando las bondades
De sus toques al vibrar.
Pues el día que la escuela
Toqué a vuelo sin cesar
Es que el alma de los niños
En cantos se elevará;
El trabajo y la constancia
Su inteligencia abrirán,
Sintiendo que la campana
De sus toques al sonar,
Halló el amoroso eco
De su timbre sin igual
En el alma del maestro
Que supo así retemplar
Los toques de la enseñanza
En su propio corazón
Tin, tán, tin, tón.

El valor del tiempo

(Anécdota)

Un hombre que se había pasado una hora frente al escaparate de la librería de Benjamín Franklin, entró por último y le preguntó al dependiente:

—¿Cuánto vale este libro?

—Un dólar.

—¿No me lo puede usted dar por menos?

—Vale un dólar.

Echó perezosamente nuestro hombre una mirada sobre los libros puestos a la venta y volvió a preguntar:

—¿Está el señor Franklin?

—Sí, señor; pero tiene mucho que hacer en las prensas.

—Es que desearía hablar con él.

Avisó el dependiente a su principal y le preguntó el comprador:

—Señor Franklin, ¿cuál es el último precio de este libro?

—Dólar y cuarto.

—¿Pero si el dependiente me pide tan sólo un dólar!

—Es verdad, porque hubiera preferido entonces un dólar a dejar mi trabajo.

Pareció el hombre sorprendido de la réplica, y deseoso de cerrar el trato repuso:

—Dólar y medio.

—¿Cómo!... ¡Si acaba usted de decirme dólar y cuarto!

—Es verdad, pero antes me era más ventajoso el dólar y cuarto que ahora el dólar y medio.

Dejó silenciosamente el hombre las monedas sobre el mostrador y salió de la librería con el libro y la saludable lección recibida.

Por doquiera hay malgastadores de tiempo.

Invocación — A Mitre

Eres símbolo de la más pura democracia:

Encarnas el alma popular de las masas que te adoraron como al padre de la humildad y sencillez argentinas, para gloria perpetua de los siglos y ejemplo de las generaciones que nazcan bajo el mismo cielo y el mismo sol, que besó orgulloso, con sus rayos, tu gran cabeza de patriarca.

Tu figura, tan popular en las calles de aquel Buenos Aires de antaño, no se ha borrado aún de la memoria de tus connacionales, que ven día a día ampliada tu personalidad, en tus obras, en tu riquísima biblioteca, legado histórico de tu fecundidad intelectual asombrosa, en tus hazañas guerreras, en tus ejemplos morales de gran patriota, que a pesar de haber escalado hasta la presidencia de la República, fuiste el magistrado más modesto en sus maneras, más afectuoso con los pobres y más grande entre los grandes, que sirvieron de pedestal donde descansan la grandeza y prosperidad de la patria.

Y puesto que desde aquel pináculo te encaminaste a la gloria, vela por siempre los destinos de esta nación que sólo anhela ver a cada

argentino convertido en un Mitre, un Rivadavia, un San Martín, un Sarmiento, un Moreno, para perpetuar la raza de aquella noble estirpe de varones.

Las grandes glorias nacionales que tuvieron el poder de sembrar como tú afectos por doquier y virtudes cívicas en todos sus actos de gobierno, son las que forman la aureola de alto concepto de que goza hoy la República Argentina en el concierto de las naciones civilizadas.

La inmortalidad histórica te ha cubierto con su regio manto de pristina pureza y reconocido patriotismo, elevando tu valer a las regiones ignotas de lo infinito, para que tu espíritu vuele hacia aquí e impregne y sature nuestras almas del resplandor divino de la tuya.

Descripción

Una tarde deliciosa;
Un paisaje encantador;
Un lago de aguas tranquilas
Y dos capullos en flor:
Un chiquito y una nena
Más rubios que el mismo sol.
Uno quiere la pelota.....
La otra teme el manotón.....

Las madres comprenden pronto
En cuán difícil cuestión
Van a tener que ser árbitros
Y conformar a los dos.....
La pelota es de la nena
Pero la quiere el varón.
¿Qué hacer con aquélla entónces?
¿Partirla para los dos?.....

.....
Y la madre de la niña
Dilucida la cuestión
Proponiendo: — «Al que la tome primero
Después que la arroje yo».....
Echan a correr los niños
Por el camino en verdor
Y bien pronto el varoncito
En alto la levantó.

.....
¿Cómo no sentirse niño
Ante ese poema de amor?

Momentos de angustia

Múltiples giros describe un aeroplano en las alturas.

El público, como si hiciera gárgaras, sigue sus vuelos.

El aeroplano gira, gira..., va y vuelve;

sube y baja; disminuye la fuerza de su máquina; la aumenta; realiza loopin-diloop magistrales que dejan boquiabiertos a los espectadores... ..

Nadie respira... algún «prestidigitador» cercano solamente «opera»...

Falla el motor y... todo el mundo cierra los ojos para no apreciar la magnitud del desastre, cuando alguien levanta la vista y observa que el piloto está pendiente de los fundillos del pantalón, enganchado en la cruz de una torre próxima...

Fuego interior

De las fuerzas humanas que animan el vivir, ninguna tan potente y de irradiación tan vasta como ese sagrado fuego interno que estimula, que aviva nuestras acciones y pone el yo característico en todo lo que es nuestro.

En todo ser dotado de una normalidad y equilibrio de sus funciones vitales, hay una voz interna, un secreto afán que le impulsa a realizar siempre lo bueno, lo de mejor resultado. Y hasta hay personas que a su sola insinuación o consejo se debe el acertado resultado de otras en sus empresas y negocios. Es que en estos seres, que ojalá fueran la mayo-

ría, está viva la llama del entusiasmo para todo, sin caer tampoco en el otro extremo de ser ilusionistas.

Así como en los volcanes hay apariencias de tranquilidad, pero circula y bulle en sus entrañas, fuego, del mismo modo, los que sentimos esa voz interior, llena de amor que nos hace alegre el vivir, simpático el rodar del tiempo, hemos de conservar, aun cuando la nieve cubra nuestra cabeza, la serenidad de alma, la tranquilidad de espíritu que contempla con satisfacción la vida transcurrida, rellena de recuerdos gratos, teniendo sepultado en lo más hondo del cofre del corazón los sinsabores y tribulaciones, así... como olvidados y cubiertos por los años...

Algunas pasiones humanas un tanto exaltadas semejan erupciones de volcán; pero dejemos a esos enfermos del espíritu sufrir las sacudidas de su falta de educación moral; ya sobrevendrán la calma y el reposo, y con ello la reflexión. Lo que más me apena es ver a esos otros pobres de espíritu, abúlicos, dominados y víctimas de ese estado psicológico especial.

En éstos es más difícil la reacción.

Conozco personas que van triunfando en la vida por ese modo halagador de ver las cosas y los seres y aunque materialmente no sean ricos, poseen la riqueza de alma, fuente inagotable del vivir feliz.

Miremos correr los años, pero no amargándonos por nimiedades ni futilidades; eso sí, lo

que sea serio tratémoslo con gravedad, pero no con seriedad de inválido que ya no puede con sus fuerzas, sino presentándole y buscándole la faz menos amarga, el cariz menos doliente.

Los que viven ambicionando riquezas, soñando poderío, sofocados por tener mucho de todo y mejor que los demás, éstos, atizan demasiado la llama interior y por ley natural el fuego que se aviva demasiado, se extingue más pronto.

Estos formarían los antípodas de los anteriores, los polos opuestos de ese abismo que llamamos corazón humano.

El clavel disciplinado

Habla la planta:

—Nací bajo el cielo abrasador de Andalucía y manos morenas me prodigaron solícitos cuidados. El soplo del Mediterráneo me acarició dulcemente y así pasé mis primeros meses de existencia, hasta que sin saber cómo ni cuándo me sentí transplantada en una maceta, abordo de un gran monstruo que surcaba el mar.

Pasaron varios días en los que pude contemplar bellezas incomparables y supongo que por las brisas tan puras y frescas llegué

a conservarme tan lozana, que heme aquí, ahora, en el rincón de un jardín muy próximo a un cerco formado por rosales de purpurinas flores.

Cuando llegó Octubre comencé a llenarme de «botones» y una mañana plena de sol y de delicias primaverales nació el primer clavel sin abrir mucho los pétalos, tal vez por prever que cuanto antes llegase a la amplitud de forma y de tamaño más corta sería su existencia. ¡Era tan precioso! Tal su color y su perfume que las demás flores parecían inclinarse para rendirle homenajes. En varias comarcas a la redonda no habíase visto un clavel tan rojo, tan raro; quizá lo miraba todo el mundo con ojos de más admiración porque era una flor del extranjero!

Las ponderaciones aumentaban y una de las niñas de la casa exclamó al contemplar extasiada el rojo clavel:

—«Prefiero este clavel a todas las flores del jardín de los ensueños.» Las rosas del cerco contiguo fueron palideciendo de un día para otro, roídas en lo más íntimo de su ser por envidiosos sentimientos, hasta que a la tarde siguiente pusiéronse de repente rojas de ira, palideciendo de nuevo y al convulsionarse se estremecieron de tal manera que algunas partículas de su color ya amarillento, fueron a salpicar al hijo de la ardiente tierra.

Lejos de restarle primores, éstos aumentaron en sus finas hojas, quedando así disciplinado y más divino todavía.

En cuanto a las rosas aquéllas... desde entonces se llamaron rosas té.

«La envidia cree desmerecer a los demás y no consigue sino minar las almas mezquinas, ensalzando a la vez los dones de las que son puras y nobles.»

La cucaña

En cierta ocasión presencié este juego tan divertido para los niños.

Pasaban por turno y como es natural, la tarea más difícil fué para el primero que se prendió al palo. ¡Cómo se esforzaba por avanzar! El chico se ponía congestionado, rojo, a medida que tenía que subir por el palo jabonado.

Cuando subía un poco, todos los presentes le estimulaban; cuando se dejaba resbalar aun a su pesar, una exclamación de desaliento se oía entre la concurrencia.

Pero el chico, a pesar de sus esfuerzos, no se desanimó; subió, entre las aclamaciones de la gente, mas cuando faltaba un metro y medio para llegar, se deslizó rápidamente al suelo. Pasó otro y la tarea para éste parecía más fácil. El público, impaciente, lo alentaba; pero cuando subía un poco, descendía lenta-

mente; volvía a subir y los espectadores lo aclamaban: ¡Ahora! ¡ya llega! ¡ya!... ¡éste sube! ¡le falta tan poco!...

El chiquilín subió, subió, casi tocaba la canastilla; pero por querer estirar más el brazo, distrajo las piernas y más rápido se encontró en el suelo.

¡Otra exclamación de parte del público!

.....
Pasó el tercero, el que parecía más confiado en su habilidad para no dejarse resbalar.

Subió, bajó un poco; volvió a subir; siguió ascendiendo, ascendiendo, entre los plácemes de los que lo miraban.

—¡Este sí que llega! — decía la gente.

—¡Ya! ¡ya llegó!

Y en eso alcanzó a destapar la canasta, de la que salieron dos palomas blancas volando.

El público prorrumpió en aplausos.

.....
Y ahora os dejo a vosotros que penséis si al primero o al segundo ¿no les correspondía parte de los aplausos?

Se me ocurre esta amarga reflexión: Cuántas veces no triunfan en la vida los que se esfuerzan más y con más méritos para ello, sino los que llegando oportunamente pueden subir más fácilmente por el palo jabonado, porque otros se lo prepararon, para que en menos tiempo y con más ventajas destapen la cestita que contiene el premio de la felicidad.

“El mejor amigo”

¿Cuándo hallaré un amigo que me quiera
con la sinceridad de un buen hermano,
un amigo que si hoy me da la mano
no ya mañana con traición me hiera?

¡Con cuánta fé mi corazón le espera!
Mas ¡ay! cuando lo siento ya cercano
Hace la realidad mi ensueño vano
sembrando falsedades a mi vera.

Y una voz contestóme de esta suerte:
— Yo soy aquel amigo que has soñado;
leal y justo hasta el fin habré de serte,
te alabaré cuando obres con prudencia
mas he de reprocharte en el pecado.
— ¿Quién eres? — pregunté.

¡Soy tu conciencia!

Ismael Moya

Viaje aéreo

Es casi un defecto de la época, en los jóvenes sobre todo, dar rienda suelta a la imaginación en todo lo que se relaciona con las ideas exóticas, los deportes, los viajes en globo y en aeroplano, las modas cambiadas de sexo, las extravagancias; en fin, un refinamiento extremo en ciertos detalles del vivir, que hace de la existencia una locomotora a gran velocidad.

Subrepticamente penetro con el pensamiento en el cerebro de una de las niñas de hoy día y, ¡qué barbaridad!, ¡cuántos giros desencontrados! ¡qué caos de procesos cerebrales que nunca llegarán a plasmarse en ideas acertadas y de provecho!

Conozco niñas que darían un «no sé qué» por tomar el volante de un automóvil y llevar a toda la familia aunque fuera a las puertas del mismo cielo.

Y para no desmentir esta aseveración mía, les contaré lo que le pasó a una jovencita un poco mimada y caprichosa, ávida de sensaciones fuertes y que no consigue satisfacer sus ambiciones.

Como su delirio es subir en aeroplano y aunque alguna vez tuvo oportunidad de ha-

cerlo y su padre, persona enérgica, no se lo consiente, quedó más excitada en su deseo cuando, en presencia suya, una amiga voló unos minutos en el aparato mágico.

¡Cómo hubiera deseado por un instante ser la que surcaba el espacio!

La idea fija quedó en su mente y la imaginación se encargó de tejer y tramar las múltiples combinaciones de ideas, ¡para salir con la suya!

Esa noche y sin tardanza, en cuanto sus sienes se posaron en la almohada, «subió en aeroplano». ¡Qué sensación más rara tuvo al ascender! Todas las casas y torres parecían pigmeas. El aire le dilataba los pulmones y por momentos parecía asfixiarla, pero ella subía, subía, subía. ¡Nunca hubiera sospechado que manejara tan bien un aeroplano!

Llegó en pocas horas a una isla donde los negritos se zambullían en el mar como en una pileta de diez y ocho metros cuadrados; siguió viaje, porque quería recorrer en poco tiempo muchas regiones, grandes espacios, así que bien pronto encontróse volando por encima de la muralla China, que vista desde arriba parecía una extensa canaleta. Cuando menos sospechaba encontróse sobre las islas situadas al Este y que forman un gran imperio, pero recordando que hacía poco habían sufrido un fuerte terremoto, no quiso aterrizar y siguió viaje, sin darse cuenta, que se iba acercando a unas pirámides, que a ella se le antojaron parecidas a las que ilustraban los pizarrones.

cuando su maestra de quinto grado les había enseñado el volumen de dicho cuerpo.

Un poco aturdida y mareada, perdió algo la noción del espacio, no pudiendo llegar a París, que era también otro de sus más ardientes deseos. ¡Oh! poder decir a sus amiguitas que había estado en París y traer el último modelo de vestido!... ¡Qué alegría!

Pero cuando iba pensando en esto último, vió una columna de humo que salía del Vesubio, por lo que desistió de seguir hasta la capital francesa y desviando el aparato hacia la izquierda prosiguió en ascenso, hasta que aumentando la celeridad de la marcha se vió casi encima de la Catedral de Colonia, tropezando apenas con la más alta de sus cúpulas. Dió un grito y a la vez un salto tan fuerte que... fué a dar con la cabeza en una de las paredes de su habitación, despertando a todos los de la casa.

—¿Qué te ocurre? ¿soñabas? — preguntóle el padre.

—¡Ay! ¡qué susto! Acabo de chocar con el aeroplano en la Catedral de Colonia.

—¡Ah! ya caigo — dijo el padre riéndose —; te empeñaste en volar tan alto que la caída ha sido mayor.

Varios días después, lamentaba todavía la niña su encierro obligado, por tener un bultito violáceo en la frente, que le quedaba muy mal...

Una réplica

(Anécdota)

Al regresar de uno de sus viajes por el viejo mundo, Sarmiento quiso poner en práctica, en su provincia natal, los medios de higienización de ciudades que con tanto éxito había visto aplicar en las más populosas de Bélgica y Francia.

Pero bien pronto el desengaño tronchó las ilusiones de su espíritu emprendedor. Una obra por demás benéfica, pero que para los sanjuaninos era inútil, le valió a Sarmiento el descontento de los hombres públicos y las más injustas críticas de la prensa. Mas la réplica temida por muchos, no se hizo esperar...

Al final de un artículo en el que el ilustre hombre exponía los beneficios de su obra, se leía:

«... pero vosotros, sanjuaninos, sois como los niños: cuando los limpian, lloran.»

Siluetas y perfiles

De expresión ligeramente apática. Laxitud en los miembros.

Poco afán por el estudio, aunque algunas veces sabe las lecciones y cumple.

Generalmente bueno con los compañeros.

Sus trabajos, incompletos la mayoría de las veces.

Está lejos del maestro en la comprensión de lo que enseña éste, pero le estima.

¿Qué alumno he pretendido retratar?

Al

Es trabajador, afanoso por cumplir, por lo general inteligente.

Sabe sus lecciones y se empeña en darlas bien, no tanto por saber, sino por sobrepasar a los demás, pues tiene exceso de amor propio.

No se alegra mucho de los éxitos de los compañeros y cuando alguno ha obtenido más altas clasificaciones que él, cree que es buena suerte del otro o injusticia del maestro.

He perfilado al

De mirada inteligente y simpática fisonomía; inquieto; a veces menudito de cuerpo. Una ardilla, en todo.

Estudioso, pícaro, amigo de todos y mucho del maestro; franco y leal.

Bueno con los demás, generoso con lo que sabe y puede prodigar.

Cumplidor en todo; afanoso por jugar siempre y aun a veces pretende hacerlo en el grado; chistoso y oportuno en todos sus dichos y hechos; siempre sale airoso de cualquier contratiempo y los compañeros lo defienden y lo quieren.

Este es el verdadero

De expresivos ojos y mirada muy inteligente. Se desvive por cumplir con sus deberes y lecciones.

Sus trabajos son conscientes, muy completos. No pierde palabra de lo que dice el maestro y está siempre cerquita de él con el pensamiento y el corazón.

No tiene ninguna particularidad sobresaliente en lo físico; más bien feo y desgarrado, pero se impone por su saber y preparación en cualquier asunto.

A veces este tipo es un poquito egoísta y engreído, mas es compañero de todos y le respetan.

Este es el tipo de alumno

De fisonmía agradable, buen tipo, muy inteligente, pero no se preocupa mucho de sus obligaciones. Sin embargo cumple, pero no a la altura de sus aptitudes.

Se hace simpático a los demás; es buen compañero y ocurrente.

Saca de apuros a cualquier alumno en lo que se refiere a dar ideas para algún trabajo o para ahorrarlo con ventaja.

Desinteresado con todos; lleno de buenas intenciones y propósitos para corregirse, pero vuelve a caer de nuevo en su falta.

Tiene afinidades de pensamiento e ideas con el maestro, le adivina hasta las mayores sutilezas.

Reconoce los méritos de él y le llega a querer.

¿Quién es?

Qué lástima no poder aunar este tipo de alumno con el anterior o formar uno casi perfecto, pues mucho se obtendría de él para su bien y de la sociedad.

Muchos otros tipos podría describir, pero sería extenso perfilar las variedades que se presentan al observarlos.

El buen maestro llega a conseguir mucho moralmente en sus educandos y a fin de año se notan con frecuencia cambios muy satisfactorios en los niños.

¿Qué no puede el buen consejo, el ejemplo, el afecto engendrado entre personas que se ven día a día?

Lo mismo que gota a gota se consigue ablandar y modificar hasta la más dura piedra, así

también, con paciencia y buena voluntad, se obtiene lo increíble.

Con este bosquejo de diversos tipos escolares no he querido sino despertar en vosotros el deseo de ser observadores prudentes de los demás y severos de vosotros mismos.

Escuchad mi consejo y no os aburriréis cuando vayáis en el subterráneo, efectuando un largo paseo en tren o en tranvía. ¡Cuánto se deduce y se descubre en el desfile incesante de los pasajeros!

A través de sus tipos se perfila y adivinamos muchas veces, sus gustos en el vestir, sus modalidades, su carácter, su educación, su sentimentalidad, sus instintos y pretensiones y constituye un verdadero placer la observación de esta película constante de seres y cosas.

Sed observadores de la naturaleza y de todo, pero no con curiosidad impertinente cuando de personas se trate, porque entonces caeríais en el extremo de pasar por mal educados.

El avaro

(FÁBULA) de E. Trilussa

He conocido un viejo
muy rico pero avaro a punto tal
que mira los centavos al espejo
para ver duplicado el capital.

Y entonces dice: — Aquéllos, con notorio
placer los doy para beneficencia,
pero éstos los conservo por prudencia, . . .
Y los vuelve a guardar en su escritorio.

Traducción de Ricardo del Campo

La seda y la lana

Dos madejones que se exhibían en la vitrina de una gran casa de comercio, entablaron el siguiente diálogo, a poco de encontrarse reunidos:

—No comprendo — dijo a media voz el madejón de seda — por qué me han puesto junto a ti; mejor hubiera sido formar un buen conjunto de todos los colores de que me tiñen, pero aparte, lejos de los de tu especie, pues no quisiera que tus hebras cautivaran más la atención del público que mis fibras delicadas. Soy, por naturaleza y rango, de mucha más distinción que tú y la verdad que aunque no quites resplandor a mis relucientes reflejos, antes bien, más los evidencias con tu contraste, preferiría estar entre otras prendas de seda también.

—Me extraña un poco oírte hablar de esta manera y antes de querer contestar en forma tus desaires, empezaré por hacerte recordar, y

veo has olvidado pronto que descienes de un humilde gusano...

—Sí; pero de seda.

—Es cierto; pero reflexiona y notarás que para convertirte en lo que eres, ha sido necesario sacrificar miles de animalitos que dieron su vida por ti, mientras que yo, más generosa y humana, cubro en el invierno el aterido cuerpo de mis corderos, y llegado el verano me dejó esquilarse para aliviarlos de lo que les sería un estorbo, yendo recién a ponerme a disposición del hombre que me lava, trabaja y tiñe, produciendo los tejidos más abrigados con que se visten los seres que me saben apreciar en lo que valgo.

—Olvidas, señora, que yo también abrigo, crujo entre los pliegues, irradio donde voy y por mí se encarecen los brocados y tapices, ayudando con ésto al comerciante.

—Eso es lo que te enloquece, y trastorna también a muchas cabecitas; ¡vestir de seda!, aunque sacrifiquen otras solicitudes del cuerpo y del espíritu. No te envanezcas; razona y verás que yo soy más práctica, más económica, de tan buenos gustos y dibujos como tú y menos avasalladora.

—No me podrás negar que contribuyo al boato y lujo de todo lo magnificante, y eso es también, si se quiere, un mérito. De terciopelo de seda es el manto de los reyes, de seda los trajes de las reinas y doncellas, y hasta cubro los muros de algunas mansiones donde todo es esplendor, gracias a mí.

Soy recreo de los ojos que me ven y aunque quieras tildarme de vanidosa, tengo motivos para creer casi que soy el complemento de todo traje o sombrero, de todo mueble o tapiz.

¿Qué efecto te parece que haría toda una corte en que sus personajes vistieran de lana a cuadritos blancos y azules? ¡Ja!... ¡ja!... ¡qué risa! Sería como para jugar a las cruzadas.

—Veo que estás burlona en extremo; pero no me afecta tu menosprecio, porque proviene de ti, de una necia, cosa que no vale la pena tomar en cuenta. Más te valiera reconocer en mí otras cualidades de consistencia y abrigo, porque sin mis hebras no confeccionarían muchas telas en que aparecemos estrechamente unidas para contribuir a la hermosura del tejido o de la trama.

—Es inútil; conmigo te mezclan para embellecerte.

—Mira, acabemos de una vez; tanto tú como yo tenemos en la vida distinto valor, pero valor al fin; así que cese nuestra discusión, porque nosotras, que somos parte en este conflicto, no estamos en condiciones de dar por ahora un fallo acertado y justo.

Todo es relativo y depende del cristal con que se mira.

Naufragio

Nada más triste que una noche de tormenta, sobre todo cuando ésta se desarrolla en alta mar, donde se ven las crispadas olas rechazar fuertemente los lados del vapor. Las impetuosas aguas, azotadas por el supremo soplo, se envuelven en oleadas inmensas, y se agitan, formando elevaciones de espuma que giran, sonando fuertemente.

Al mismo tiempo cruzan el firmamento zigzags luminosos, percibiendo a los pocos minutos el retumbar del trueno.

¡Oh mar! ¿por qué ocultas en tu seno el insondable abismo para los navegantes?

Cuando chocando en las costas, tus aguas altivas se repliegan majestuosas, para tomar bríos, volviendo obstinadas, enfurecidas, con más fuerza a estrellarse contra las peñas incommovibles, única barrera capaz de detenerlas...

Cuando todo presagia la proximidad del huracán y vése venir pronto el naufragio...

Cuando se ve ya el vapor mitad encallado y mitad elevado a gran altura; cuando ya no hay esperanza de salvación ni oración que penetre en el ámbito de los cielos, para implo-

rar a la Reina de los mares la salvación de los tripulantes; cuando ya todos se confunden en mutuo abrazo, madre e hijo, hermanos con hermanas, y la esposa con el compañero de su vida, para bajar juntos a la líquida tumba, un ¡ay!! unísono se escapa de los trémulos labios, pues el vapor acaba de hundirse para siempre...

No hay palabras, ni términos concebidos en el cerebro humano para pintar la desesperación de esos momentos; un escalofrío recorre todo nuestro ser, haciendo apartar nuestra vista de tan horroroso espectáculo.

¿Por qué, oh mar!, en esas noches terribles de tormenta, conviertes tu adorable inmensidad, en tumba de los que de ti viven o de los que tienen que deslizarse por tu superficie para llegar a otras tierras?

¿Es que Neptuno quiere hacer gala de su poderío?

Sólo el de infinito poder, lo sabe, Dios, el que con su pródiga mano ha esparcido por la naturaleza las múltiples variedades de su grandeza omnipotente, y sin pensar quizá, que el mar, a pesar de su magnificencia, resultaría pequeño para guardar en sus entrañas toda su mejor obra encarnada en el hombre, rey de la Creación.

Hermanas en lo sublime

Si hay algo que el pensamiento no puede expresar en el lenguaje corriente, sintiendo arder sus influjos para expresar lo bello, lo grande, lo sublime, toda la escala de los acentos dulcísimos que divinizan las cosas de la Naturaleza...

Si la idea suprema bulle, se dilata, se inflama en el cerebro y no acierta a expresar con energía sus impulsos para volar...

Si los pensamientos no caben así, grandes, exaltados en esa caja craneana, vuélcanse en torrentes de poesía, cristalizándose los versos, puros, nacidos a tiradas enteras que brotan como agua del manantial del infinito.

Así nace la «Poesía», en algo impreciso que no sabríamos decir si parte del ingenio, de un estado vago de nuestro ser y a la vez del sentimiento.

Cuando el alma crea armonías que parecen música celeste de instrumentos misteriosos, como movidos por miles de ángeles que arrancaran sonidos a los aires del espacio; cuando el corazón se siente embargado de algo inexplicable, inspirado en el amor, la gratitud o en cualquier otra manifestación de nuestro yo interior, surge la «Música» prelu-diando armonías que inundan los corazones

de ese goce tan íntimo que proporciona a las almas afines a la del compositor, que siente lo que escribe. La poesía es la música del pensamiento y la música encierra las armonías del sentimiento.

He aquí hermanadas a la «poesía» y a la «música», como nacidas de lo más elevado que el ser humano encierra, para elevar el espíritu y sentir que nos acercamos muy sutilmente al Dios de la omnipotencia y la sabiduría.

Otoño en la altiplanicie

Otoño en las hojas
otoño en las ramas,
Caminito arriba
va un rumor de cabras
y quebrada abajo
un murmullo de aguas.
Silba que silba el arriero
airecitos de vidala.

El macho cabrío
se «gana» en las matas
y allá van «la mora»
«la tuerta» y «la blanca».
Un cuervo en la altura
espirales traza.
Silba que silba el arriero
airecitos de vidala.

Una brisa fresca
barre entre las pajas
hojas amarillas
de chañar y zampa
y en los intersticios
de las rocas, canta.
Otoño bosteza
y abre en par las alas.
Caminito arriba
Va un rumor de cabras.
Silba que silba el arriero
airecitos de vidala.

Emilio G. Andrich

Sabia contestación

(Anécdota)

Paseábase el general Bartolomé Mitre fumando por las calles de la ciudad, cuando en eso se le aproxima un chiquilín como de ocho años de edad, y con gran descaro le pide fuego para encender un pucho. El general sin inmudarse, se lo ofrece manteniendo su cigarrillo en los labios.

El chiquilín paróse en la punta de los pies para darle alcance y viendo la imposibilidad, exclamó:

—Señor, no alcanzo...

—Pues bien — contestó el general Mitre — cuando alcances, ven que yo te daré fuego.

Maravillas del mar

Es realmente asombroso el mundo de cosas raras que se observan en el mar.

Alguno de vosotros ¿no ha oído hablar de lo que cuentan los buzos?

Pues escuchad: Estos hombres, arriesgados visitantes de los seres que pueblan el mar y sus diversos dominios, sufren amenudo muchísimo en sus descensos. Van provistos de un traje especial que les permite respirar sin salir del agua. La parte principal de la indumentaria la constituye un gran casco que les cubre por completo la cabeza y al cual va sujeto un tubo que comunica con el aire exterior. La parte delantera del casco tiene un cristal para que el buzo vea perfectamente lo que le rodea.

Pues bien, esos buzos sondan el fondo del mar con la escafandra para sacar masas de corales afectando formas espesas de cornamentas de ciervo que cubren el lecho marino en enredados conjuntos, de entre los cuales se alzan aislados corales como abanicos con ex-

tremidades delicadamente rameadas; esponjas hermosísimas, unas silíceas, otras más blandas, en formas de copas de árboles y de ramas espesas; algas de todas clases y colores, pólipos en formas de plumas, ortigas de mar, medusas, ostras perlíferas e infinidad de seres diversos.

Varios exploradores del mundo submarino en el lecho de los océanos, cuentan que han visto peces rarísimos, voladores, trepadores, otros que saltan, como uno que hay en la Malasia, que según declaraciones de Wells, puede trepar a los árboles guiñando familiarmente los ojos al que le observa.

Según este explorador, los malayos son entusiastas por la pesca. En cierta ocasión estuvo contemplando a un nativo que pescaba con caña.

Quiso divertirse un rato, y al efecto tomó uno de los pescados y lo frotó contra el suelo. El animal comenzó a inflarse haciéndose redondo y duro como una pelota. El nativo lo tiró contra el suelo, rebotando en el aire para caer en el agua, adonde después de echar afuera el aire absorbido, se escapó nadando. Wells cuenta que a veces los niños nativos pinchan a esos peces con cuchillos cuando están inflados, para oír el ruido que producen al perder el aire de golpe, constituyendo un deporte favorito para ellos este pez saltador que se infla de tal modo que puede rebotar como una pelota de goma.

Los hombres de ciencia, los naturalistas,

tienen puestos sus ojos en los miles de millas submarinas que faltan por conocer y explorar.

El mar encierra riquezas mayores que las terrestres y es fuente de vida en sus diversas manifestaciones, ofreciendo al hombre, del cual exige a veces la vida como tributo, bellezas incomparables que extasían a los que han tenido la suerte de disfrutarlas.

Lo blanco y lo negro

Dos colores por cierto que están el uno en contraste con el otro. Sin embargo, al hallarse juntos parece que aumentara la intensidad de ambos para embellecerlos.

¿Quién a sospechar se atreve que en el color blanco estén refundidos todos los colores del arco iris? Y así es, por cierto.

Lo blanco es el símbolo de lo inmaculado, de lo impecable y encierra claridades del día. Lo negro las penumbras de la noche. Sin embargo sabemos que lo que llamamos día y las horas nocturnas que le suceden forman «un solo día» de nuestra existencia.

Blancas son las almas de los niños, las conciencias puras, las nieves que cubren con amoroso celo las cumbres de los volcanes que las soportan indefinidamente...

Negras, muy negras, son las sombras de la ignorancia.

Blancas y nítidas las ideas luminosas de una clara inteligencia.

Ya que la antítesis de la pureza de alma es la conciencia perturbada, negra, procuremos llenar de diafanidad estas almas enfermas, recorriendo esos celajes nocturnos que las cubren, para que aparezca ese rayito de sol vivificador y único que todo individuo, por pervertido que sea, posee en su interior y que es el resorte del sentimiento, el cual permaneció dormido por la falta de afectos que supieran pulsar su lira monocorde.

El diamante

(FÁBULA)

Triste, opaco, sin brillar
Un diamante no pulido,
Encontrábase perdido
En el valle del Palmar.
Vióle un joyero al pasar
Y a su taller lo llevó;
Cuidadoso le labró
Y hermoso entónces, luciente,
Magnífico y esplendente
La luz del sol reflejó.

Así el hombre no educado
Cual piedra desconocida,
Suele encontrarse en la vida
Triste, sin luz, despreciado;
Mas sí a estudiar consagrado
Busca el saber con anhelo,
Tórnase en dicha, su duelo;
La educación le embellece
Y en su alma que resplandece
Refleja la luz del cielo.

(Rosas)

Iguazú.

De pie, en un peñasco cercano, absorta contemplas tu grandeza.

Al aproximarse a ti, enmudece la palabra humana, para admirar como en éxtasis divino toda la magnificencia que la madre Naturaleza vertió en tu líquido caudal.

Cuando aun no se piensa llegar a tus cascadas, un ruido ensordecedor impone silencio como haciendo notar su prepotencia, a todas las voces, a todos los murmullos de la selva, a todos los sonidos imaginables que, acallados, ríndente, soberana, el culto más ferviente del elocuente silencio.

¡Cómo espanta y arroba el alma tu incesante correr entre las peñas!

Y ¡qué nubes agitadas de sutilísima espuma se levantan como vaho húmedo para circundar tu frente!

¿Qué dices al mundo en tu lenguaje de nieve?

¿Qué piélagos de maravillas deslizas en tu vida gota a gota?

Ya adivino tu carrera; ya presumo tu destino; ya comprendo lo que dicen en la férvida corriente, tus caídas milenarias.

Eres voz del pensamiento.

Eres ímpetu del Genio que no halló otra faz más pura donde poder reflejarse.

Hay una fuerza invisible, una potencia del cielo que alimenta tus entrañas hasta más allá del infinito.

Tu torrente, cual ideas que viven siglos y siglos, no se extinguirá jamás.

Venus

Esta brillante estrella de la tarde, que derrama su luz apacible desde lo alto de los cielos, dista mucho de ser un punto luminoso como parece a simple vista. En realidad es un globo enorme, sobre el cual podríamos

andar y viajar como sobre la tierra, aunque su tamaño es menor que el de nuestro planeta.

Ha sido consagrada desde las primeras edades del mundo a la diosa de la belleza y del amor, es la primera iluminada después del ocaso del astro rey y considerada como el heraldo o precursor del cortejo de la noche.

Fué ella la confidente de los corazones y la divinidad tutelar de las más gratas esperanzas, y si los primeros altares se erigieran al Sol, dios del día, los segundos fueran para ella, primera estrella de la noche, y para la luna, más próxima a la Tierra y menos celeste que la dulce estrella del pastor.

El signo ♀ bajo el cual se la representa desde la Edad Media parece simbolizar un espejo.

Y en efecto, ¿no es este objeto el atributo más característico de la mujer?

¿Desde cuántos miles de años acá es Venus conocida? Pitágoras parece ser el primero que reconoció y enseñó a los griegos la identidad de Venus.

Homero en uno de sus cantos de la *Iliada* habla también de este astro.

Lo cierto es que Venus es de todos los planetas, el más antiguamente conocido; primero porque es el más brillante y también por ser el más notable en sus movimientos. Varios nombres ha recibido desde la antigüedad. «Estrella del Pastor» o «lucero de la mañana» cuando por el Oriente precede la salida del sol; y como a la vez muéstrase por la tarde en

el occidente, brillando en el crepúsculo antes que todos los demás astros del firmamento, es por lo que se le ha llamado también «Véspero», «Estrella de la tarde», «lucero vespertino».

Venus gira alrededor del Sol en una revolución de doscientos veinticinco días aproximadamente y en la misma dirección que la Tierra. Tal es la duración de su año, siendo por consiguiente sus estaciones y días algo más cortos que los nuestros, a pesar de que aquéllas, como son más rápidas, son más intensas.

Así pues, Venus es un globo opaco como la Tierra, sin luz propia, alumbrado muy de cerca por el sol, de un volumen y peso poco diferentes del nuestro, cuya superficie está diversificada, como la de nuestro planeta por montañas y valles, alturas y llanuras análogas a los que forman la base de nuestros bellos paisajes terrestres.

La atmósfera de Venus es algo más densa que la nuestra. El aire de aquel mundo no difiere mucho física y químicamente del que nosotros respiramos.

En resumen, la vida en Venus debe diferir poco de lo que es en la Tierra, mientras que en Mercurio debe ser muy distinta. Los humanos pueden ser allí de la misma forma y de la misma estatura que nosotros, que habitamos este mísero mundo, no tan admirado como el planeta de las confidencias.

Ocurrencia

(Anécdota)

Estando Sarmiento en la Cámara de Diputados, un joven diputado por la provincia de Buenos Aires, flaco como un bacalao y largo como un sarmiento, insistía en que era beneficiosa la importación de aceite de hígado de bacalao y siendo Sarmiento contrario a este proyecto dijo dirigiéndose al presidente: «Hágame el favor de retirar a ese joven, que en las cosas de bacalao es un sarmiento, pero en las cosas de Sarmiento es un bacalao».

“ Moisselle ”

I

Se llamaba en realidad, Mademoiselle Marie, pero las niñas no le daban otro nombre que el de «Moisselle».

Mademoiselle Marie era maestra de francés en una escuela particular de niñas, en la capital, que admitía pupilas y externas. No

tenía sino veinte años, pero representaba treinta y cinco o más. Era una triste figurita; pequeña, delgada, pálida, con los hombros un poco caídos, sin elegancia y, por añadidura, renga. Por esto para las niñas «Moiselle» era un «mamarracho». ¡Qué vestidos llevaba! ¡Y qué sombreros! Del tiempo de Maricastaña! ¡Como que eran heredados de la directora! «Moiselle» los arreglaba; pero sus «arreglos» eran poco afortunados. Carecía de habilidad natural para esa clase de trabajos. También era cierto que los vestidos de la directora no eran de muy buen gusto y que llegaban a manos de «Moiselle» cuando ya no aguantaban mucha reforma; lo mismo sucedía con los sombreros, cada uno de los cuales era para las traviesas muchachas fuente inagotable de diversión. ¡Pobre Mademoiselle Marie! También a ella le gustaban los vestidos elegantes y los sombreros a la moda y todo lo que agradaba a las jóvenes. ¡Veinte años tenía! Pero a veces le parecía como si tuviera cincuenta. Su vida entera había sido trabajo. Huérfana de padre desde chiquita, en vez de jugar con otras niñas tuvo que ayudar en los quehaceres de la casa y encargarse del cuidado de sus hermanitos. Su madre iba a coser a las casas de familia y ahorraba los centavos para que María pudiese cursar en la Escuela Normal y llegar a ser maestra. Pero cuando la niña estaba en segundo año, la señora quedó tullida de reumatismo y ya no pudo salir a trabajar.

Desde ese día se acabaron para María los

estudios. Sobre ella recayó la carga de ganar el pan para la familia entera: carga asaz pesada para una chica de diez y seis años. María no se detuvo a lamentar su suerte ni a pensar en el porvenir. Aceptó el trabajo conforme se le presentaba: enseñanza elemental de niñas, costuras, bordados, cualquier cosa. Algunas familias que se interesaban por la niña abnegada y valiente, la favorecieron, y así María pudo ir tirando hasta que su hermana menor, Luisa, terminara el curso de florista en una escuela profesional. Como era hábil y prolija, Luisa obtuvo inmediatamente trabajo. Pero surgió una nueva dificultad. Juan, el menor de la familia, que acababa de rendir buenos exámenes de sexto grado, debía elegir oficio o carrera. Dibujaba notablemente para un muchacho de su edad, y manifestó el deseo de seguir ese estudio. Para facilitárselo María buscó más trabajo. Ofreciéronle entonces el puesto de maestra interna en un colegio particular donde debía enseñar el francés. Como era hija de franceses dominaba bien ese idioma. El sueldo no era elevado, pues María no tenía diploma, pero era una entrada segura y regular que permitiría a Luisa tener una sirvienta para atender a la enferma y ayudarla además a costear los estudios de Juan.

Así, pues, María aceptó el empleo y convertida en Mademoiselle Marie, se encargó de enseñar el francés a una cuarentena de muchachas de siete a quince años, distribuídas en varias clases.

II

Su timidez, su figura desgraciada y evidente pobreza la hicieron desde el primer día el hazmerreir de las alumnas. Estas — como todas las jovencitas — no se fijaban sino en la apariencia exterior y eran incapaces de comprender que una persona puede vestir sin elegancia y ser, a pesar de ello, digna de todo respeto.

«Moiselle» fué una verdadera mártir. Sus alumnas se permitían con ella toda clase de burlas y bromas, de cuya crueldad no tenían la menor idea.

Pero Mademoiselle Marie la sentía. Se acostaba dolorida todas las noches y se levantaba descorazonada todas las mañanas para recomenzar su ingrata tarea. Daba sus clases de francés como podía y cuando creía haber llegado al cabo de sus fuerzas, pensaba en su madre tullida, en Luisa atada a su mesa de trabajo, en Juan lleno de esperanzas, y silenciosa y resignada volvía a cargar con su cruz. Parecíale a veces ser un caballo de carro, que atado al pesado vehículo, tiene que arrastrarlo sin saber adónde ni hasta cuándo, bajo el látigo del conductor.

III

Quizá la peor enemiga de Moiselle era Victoria Callejas. Hija de familia rica, linda — aunque no tanto cómo se lo imaginaba ella — y elegante, creía poder permitírsele todo con una persona que no poseía ninguna de esas

eualidades. Por ejemplo: se metía en el cuarto de la maestra, en un descuido de ésta, se ponía uno de sus pobres trajes y míseros sombreros y aparecía rengueando en el patio entre las carcajadas de las compañeras. O bien le escondía la llave de la pieza, o le dedicaba versos estrafalarios que toda la escuela repetía luego con deleite, o le urdía alguna disparatada intriga, en la que la infeliz se veía envuelta con ingenuo asombro. Todo ello sin contar los escándalos que solía armar en la clase y la falta de respeto y cultura que le demostraba a cada paso.

Pero llegó un mal día también para Victoria. Una condiscípula, externa, le dijo que en una casa de modas, a tres o cuatro cuadras del colegio, había un sombrero... pero un sombrero... ¡oh!, una cosa «divina». Terciopelo azul obscuro con un «aigrette» blanco. A Victoria, con su cabello rubio y ondulado, debía sentarle a las mil maravillas.

Ese sombrero le quitó el sueño a Victoria. Tenía tres sombreros, número por cierto suficiente para una colegiala de quince años; pero el de terciopelo azul con el penacho blanco se le antojaba ahora el único deseable en el mundo. ¡Si pudiera verlo, por lo menos para hacerse uno igual cuando tuviera dinero para hacerlo!

Pero a las pupilas érales prohibido salir solas; ni siquiera hasta la esquina las dejaban ir, si no las acompañaba una maestra o la vieja criada de confianza. Todo se conjuraba contra

Victoria. Llovía a cántaros, así que era inútil pedir permiso para ir a la botica, a la confitería o a cualquier otro negocio cercano, donde las muchachas solían hacer sus pequeñas compras. Y si esperaba mucho, el sombrero sería vendido sin que ella lo hubiera visto siquiera.

Imposible, eso no podía ser. Victoria resolvió tentar la aventura y escabullirse al óbscurecer. Era invierno y anochecía temprano, sobre todo con ese tiempo lluvioso.

Logró escapar sin ser vista, a las cinco de la tarde. A esa hora las pupilas tenían recreo y no estaban sometidas a mayor vigilancia.

Llegó hasta la casa de modas, vió el sombrero en la vidriera y no pudo resistir a la tentación de entrar a probárselo. Y mientras se daba vuelta frente al espejo, admirándose de todos lados, divisó de pronto en el cristal la figura de la Directora.

Esta había pasado por casualidad, y al detenerse para mirar unos sombreros, vió con el consiguiente asombro, a una de sus pupilas dentro de la tienda.

—¿Qué hace usted aquí, Victoria?

—Estoy viendo un sombrero, señora — balbuceó la muchacha, blanca hasta los labios.

—¿Sola?

—Sí...

—Venga conmigo.

Cómo llegó a la escuela, Victoria no pudo decirlo después. No sabía lo que le pasaba, tales eran su susto y su vergüenza. Pero lo peor de todo fué cuando, de vuelta a casa, la

directora le ordenó que se retirara a su cuarto y no se moviera de allí hasta que la llamaran.

—Por de pronto — agregó — no va a venir a la mesa esta noche. Usted es una niña muy desobediente, y no se la puede tratar como a una señorita sino como a una chica caprichosa.

Victoria cruzó entre el grupo de compañeras que habían acudido al oír la voz de la directora, y cabizbaja se marchó a su pieza, donde humillada y furiosa, se dejó caer en la cama y sollozó hasta quedar exhausta. Hubiera querido hundirse en el suelo. ¡Ella, una joven-cita de quince años, que la sacaran de la tienda de modas poco menos que de las orejas, que la llamaran chica caprichosa y la mandaran a su cuarto, delante de toda la escuela, como si fuese una nena mal criada!

¡Era demasiado! ¡Y ninguna de las compañeras venía a verla! Eran unas cobardes. Cuando todo iba bien, eran puro cariño y amistad; caía una en desgracia, se acababan la amistad y el cariño y nadie se acordaba de una.

Así razonaba Victoria en su encierro, mientras pasaban las horas sin que nadie viniera, salvo una criada con una taza de té y un pan-cito, que representaba su cena para esa noche.

Al ver la frugal colación, Victoria rompió a llorar de nuevo. ¡Oh, si viniera alguien siquiera para consolarla!

De pronto, Victoria alzó la cabeza. Acababa de oír un paso en el dormitorio contiguo, un pasito corto y desigual como de persona renga. ¿Sería?... .

Victoria le volvió al punto la espalda, temblando de vergüenza y de ira. La «francesa» había elegido bien el momento de su venganza. No tenía por cierto, motivos para quererla, de suerte que no le perdonaría nada. Pero... ¿qué era eso?

Victoria creyó oír el ruido de loza. Miró con el rabo del ojo y vió realmente una bandejita con platos que «Moiselle» había colocado en la mesa. Al mismo tiempo dijo una voz muy dulce, muy tímida:

—Le he traído un poco de comida, Victoria, sin que lo supiera la directora. Ya me imaginé que usted no tomaría el té.

Victoria se sacudió para desprenderse de la mano que se había posado en su hombro.

La mano fué retirada; pero la voz suave prosiguió:

—Todas sus compañeras están muy afligidas por usted Victoria, y yo también. Sentimos que su imprudencia la haya colocado en tan mala situación. Vamos, no llore. Todo esto se arreglará. ¿Quiere que yo hable por usted a la directora?

Victoria creía estar soñando. «Moiselle», a la que había mortificado en todo momento y en la forma más cruel, «Moiselle» desafiaba la ira de la directora, visitándola y trayéndole comida y todavía ofrecía hablar en su favor! ¿No sería todo ello una burla maligna?

Pero la voz dulce continuó hablando, siempre en el mismo tono cariñoso. Victoria nunca había reparado en que «Moiselle» tuviera una

voz tan armoniosa. Era inútil tratar de resistirla, inútil armarse de obstinación. Vencida por tanta bondad, Victoria le echó los brazos al cuello y sollozó en su hombro. Mademoiselle Marie le acarició hasta tranquilizarla.

—Ahora, coma algo y después iré a hablar con la directora.

El momento de la entrevista fué menos terrible de lo que Victoria temía. También allí la maestra había hecho sentir su amable influencia.

—Me informa Mademoiselle — dijo la directora — que usted se halla arrepentida y la ha rogado me pida perdón en su nombre. Ha intercedido por usted con mucha insistencia, asegurándome que usted comprendía su falta y no volvería a cometerla... ¿Es cierto eso?

—Sí señora.

—Pues bien, queda usted perdonada por esta vez.

IV

Sin embargo, Victoria no pudo reponerse de la humillación sufrida. Poco tiempo después, rogó a sus padres que la sacaran de la escuela, a lo que accedieron aquéllos con la condición de que Victoria siguiera sus estudios en casa.

La niña suplicó entonces a Moisselle que fuera a vivir con ella, como compañera y maestra de francés. No quiso «Moisselle» aceptar al principio, pero Victoria insistió e insistió

también la madre, conmovida por el rasgo de nobleza de la joven maestra para con la muchacha indisciplinada.

Mademoiselle Marie accedió por fin y durante años, respetada y querida, ocupó un puesto agradable y bien remunerado, que le permitió atender a las necesidades de su madre y completar la instrucción de su hermano.

Ada M. Elflein.

Pasteur y sus descubrimientos

Entre los grandes benefactores de la humanidad se encuentra el gran sabio Luis Pasteur, de origen francés, hijo de una humilde familia, pero cuya principal riqueza la constituía el amor al trabajo, la perseverancia para el mismo y la honradez.

Se distinguió siempre como alumno muy trabajador. En la Escuela Normal Superior de París se recibió de profesor y más tarde de doctor en ciencias.

A él se deben grandes descubrimientos, como ser el que demuestra que un rayo de sol, después de atravesar ciertos cristales se transforma en luz polarizada.

Descubrió que los glóbulos pequeñísimos

que se forman sobre algunos líquidos son verdaderos seres vivos, que multiplicándose determinan la fermentación en la superficie de la cerveza, del vino y otros líquidos.

También demostró que la putrefacción resulta de una fermentación muy particular.

Solamente ésto benefició enormemente a su país y a todas las demás naciones industriales en vinicultura y desde entonces pudo fabricarse buena cerveza y buen vinagre. Más adelante, al tener conocimiento de las enfermedades que destruían a los gusanos de seda, comenzó su tarea sobre la enfermedad de los mismos, consiguiendo con una paciencia admirable, hallar la causa de la enfermedad y la manera de distinguir los gusanos que debían destruirse y los que convenía desarrollar.

Y la industria sericícola se salvó y con ella de la miseria miles de hogares humildes.

Otros descubrimientos llegaron luego, que habían de beneficiar más directamente aun a la humanidad.

Durante sus investigaciones sobre el gusano de seda, había comprobado que la enfermedad que los destruía provenía de un microbio y que era hereditaria y contagiosa y este descubrimiento lo llevó más tarde a pensar que algo análogo podía ocurrir con las enfermedades de los animales superiores y con el hombre mismo.

Había hallado la existencia de microbios en la atmósfera y de ahí su recomendación para que en las operaciones, se tomara toda clase de cuidados especiales de desinfección.

He aquí cómo surgen las ideas de contagio por las que se propagan las enfermedades infecciosas y se llega a crear todo un método antiséptico para las mismas.

Nueva victoria de Pasteur se preparaba en ese mismo tiempo.

Una enfermedad peligrosa y que diezmaba en Francia los ganados, vino a proporcionar un nuevo campo de observación al sabio: el carbunco.

Pasteur se instaló cerca de los ganados, los observó y experimentó de tal modo que obtuvo por trabajos sucesivos y después de largos años de labor, la vacuna contra el «carbunco» y más tarde la que habría de librar del «cólera» a las gallinas y del «ruget» al cerdo.

Todas estas experiencias vinieron a demostrar que el microbio de cada enfermedad, preparado en buenos cultivos y atenuado en parte, puede convertirse en vacuna contra la misma enfermedad. Tal sucede con las vacunas descubiertas después y aplicadas contra la viruela, el tifus, la difteria, la tuberculosis, etc.

Revelada por Pasteur la existencia de microbios, hemos aprendido a tomar precauciones relacionadas con el aseo de nuestras personas, de las habitaciones, de los objetos que usamos, la desinfección de los lugares donde ha habido enfermos contagiosos y de sus ropas, la prohibición de escupir en el suelo, el análisis del agua, la pasteurización de la leche y de otras bebidas y alimentos que pueden contener las

terribles semillas portadoras de las enfermedades infecciosas.

Pasteur descubrió también la vacuna contra la rabia o hidrofobia, enfermedad terrible más entonces que ahora, que puede atacar al hombre y a los animales. En la actualidad, gracias a la vacuna antirrábica que se aplica a los rabiosos en el Instituto Pasteur de esta capital, los efectos de ese mal quedan contrarrestados.

Hace algunos años, Pasteur fué objeto de una manifestación por parte de todos los sabios de Europa. Al poco tiempo tuvo que renunciar a los trabajos de laboratorio, lo que le ocasionó una gran tristeza; sus fuerzas disminuían cada vez más y su existencia, tan pródiga en bien de la humanidad doliente, se extinguió el 28 de septiembre de 1895.

Antídotos recomendables

Ante todo supongo conocéis ya la acepción de la palabra antídoto.

Hay ciertas enfermedades del espíritu y de la mente que se enseñorean de nosotros, haciéndonos sus víctimas.

He aquí algunas de las más comunes, pero no por ello más curables:

Contra la «ignorancia», el cultivo de la lectura.

Contra el «tedio» buscad inmediatamente trabajo.

Contra el «temor» buscad la confianza en sí mismo.

Contra el «odio» inspirad el amor al prójimo.

Contra el «enojo» y la «ira» id en busca de la reflexión y mientras la conseguís ya habrán desaparecido aquéllos.

Contra la «gula» la templanza y moderación, no sólo en el comer sino en las palabras y goces.

Contra la «envidia» practicad la caridad.

Contra el «egoísmo» suponed que os están privando de lo que titubeáis en dar.

Contra el «desaliento» ingerid una buena dosis de esperanza, que es la que servirá de incentivo a vuestra vida.

Y si con ésto no conseguís curaros o mejoraros física, mental y moralmente, pese a las recetas dadas, cambiad de médico... pero tened cuidado de que no os endulce mucho los ingredientes, porque seguramente cambiará la fórmula y tal vez, duplique la dosis.

Un plato sugestivo

(Anécdota)

Cuando Alberdi era estudiante, hallábase de pensionista en la casa de una buena mujer excesivamente económica. Como su nuevo pensionista abonara muy poco y fuera muy tardío en el pago, optó por simplificar el menú. Así que el autor de las «Bases» recibía como plato infaltable, unas papas en guiso.

La uniformidad es cansadora y también nuestro gran hombre — a pesar de toda su filosofía — sintió la pesadez de este plato invariable.

—Señora Marieta — díjole un día — usted que es tan buena cocinera, ¿no podía regalarme algún platito, que no fuera precisamente papas en guiso?

—Sí, hijo mío — respondió doña Marieta — quiero complacerlo.

Alberdi esperó con curiosidad el nuevo plato; pero cuál no sería su sorpresa al ver las mismísimas papas en guiso, bautizadas con el sugestivo título de «papas al pollo escapado».

El sabor era el mismo, y en vano revolvió las papas en busca de un vestigio de pollo.

Hasta que un domingo, venciendo su natural delicadeza y timidez, Alberdi fué a la cocina.

—Vea, señora Marieta, por lo menos hoy, que es fiesta, hágame el obsequio de hacer escapar las pápas, y dejarme el pollo; por una vez no se ofenderá.

La nube y la fuente

Trémula de placer, una fontana,
Al beso halagador se sonreía
Del sol de la mañana
Mas de pronto, una nube se interpuso
Entre el amante y ella,
Y, con rumor confuso,
Así la fuente dice y se querella:
¿Por qué de mi tesoro,
Por qué del regalado sol de estío
Que en mí bañaba sus cabellos de oro,
Me privas importuna?
La nube respondió: ¿Del seno mío
No sabes tú que brota
El agua que destila gota a gota
Ese peñasco azul sobre tu cuna?
¿No sabes tú que el sol que te embelesa,
Extinguiéndote va cuando te besa?

No llores, pues, ingrata,
Porque el materno amor que te da vida
Guardarte quiere del amor que mata.
Estremeció la selva obscurecida
Sutil y fresco viento;
Suspiró su follaje movedizo,
Y la nube, llenando el firmamento,
Sobre la tierra en llanto se deshizo.

Traducción de José Gálvez

Por el río Uruguay, aguas arriba

(Narración)

En el puerto nos espera el «Londres», opulento palacio flotante, como si quisiera desafiar a cualquier otro de la tierra firme.

Los pasajeros, en un trajín incesante, despachan sus maletas que van pasando en los hombros de los cordeleros como chicos a bancha. Un valijón se resbala y cae al agua. Un sofocón para los dueños y doble trabajo de los «mozos» para sacarlo.

Han dado la primera señal de salida.

Empiezan las despedidas y saludos: el «vuelvan pronto», «feliz viaje», «escribe al llegar», «recuerdos a la negrita», «no te olvi-

des de mandarme el loro» y otras frases no menos pintorescas que éstas se oyen aquí y allá. Abordo los que nos vamos y en el muelle los que se quedan, renuévanse los encargos por una y otra parte, hasta que soltando amarras el barco, da las tres pitadas de despedida al puerto, pitadas que sorprenden desagradablemente a los niños y a los distraídos.

Los pañuelos agítanse entonces cual palomitas blancas y alguna lágrima inoportuna se empeña en asomarse a los ojos.

Al alejarnos toma mayor grandeza la ciudad: poco a poco se van perdiendo de nuestro horizonte los vapores, los elevadores de granos, los edificios más altos, el bullicio de esta urbe populosa, para oír, sin tanto eco ya, el movimiento de los pasajeros abordo. Van y vienen hasta que acaban de instalarse en sus respectivos camarotes. Los camareros se deshacen en cumplidos y atenciones que recobrarán con la famosa «propina» y un profundo saludo cuando se llegue a destino. ¡Triste condición servil la de vender sus solicitudes!

Son las once y llevamos casi una hora navegando.

La mañana es fresquita; el aire del río azota nuestros rostros ávidos de gozar todo ese panorama encantador que se infiltra en nosotros a través de nuestras pupilas, de todos nuestros sentidos y aún a través de los órganos que no son capaces de sentir. Tal es el goce íntimo que apreciamos en todo su valer.

Un solo órgano, aquel en forma de saco,

empieza con sus contracciones a avisarnos que ya es hora de almorzar, pero, unos minutos más y pronto sonará la campanilla que llamará a la mesa.

Acicalados y a la expectativa de los demás pasajeros que están en el comedor, nos sentamos a la mesa. En ésta reluce todo. El ramo de flores en el centro, alegra nuestra vista y pone una nota de colorido en medio de aquellos immaculados manteles un poco tiesos por la acción del almidón.

El pan negro y los discos de manteca nos tientan con su contraste. Pronto se acerca el «mozo» a inquirir lo que deseamos de la lista. Servidos ya, comemos con un apetito que parece reservado desde hace algunos días; todo parece más rico; llega un momento en que hablan más los cuchillos y tenedores que los comensales.

De pronto se oye el lloro de un niño porque no le dejan tomar con las manos la pata de pollo, como acostumbra hacerlo en su casa y ante las disimuladas observaciones de la mamá, no puede convencerse de que allí no es correcto trenzarse con las presas. Terminado el almuerzo unos se quedan disfrutando de la brisa un tanto cálida, otros se retiran a sus camarotes o se quedan por los pasillos comentando diversos asuntos; los niños pronto se hacen amigos; son la sinceridad en persona; no así los mayores, que ajustados a las reglas de la cortesía, dicen y hacen algunas tonterías por cumplimiento y educación.

Surge pronto el «pasajero lector», el «contemplativo» el «perito» que quisiera conocer el mecanismo de la máquina flotante, «la pasajera que viaja sola» y que se esquivo prudentemente en su camarote con la ventanilla abierta; el «frío observador de todo»; el matrimonio cincuentón que ve las cosas con más calma y hasta «la niña romántica» que ve las aguas azules (cuando son amarillentas) y el cielo de color de rosa, siendo casi de un azul pastel.

Así siguen las horas deslizándose tranquilamente hasta la puesta de sol. Entonces sí que nos sentimos impresionados ante escena tan hermosa. El cielo retrata sus girones en las aguas y éstas, al principio irisadas por los diversos matices del sol que se oculta, van pareciendo poco a poco una masa oscura, para asociarse con la noche. De trecho en trecho aparecen momentáneamente «farolitos» sobre la superficie líquida; son las boyas luminosas que guían al navegante.

A las diez y nueve cenamos y tras largo rato de volver a contemplar el río, desde la cubierta, el cuerpo nos pide el descanso, que hallamos en una cama que me pareció, de medio metro de ancho. El sonar de las máquinas sirve de arroyo a algunos y a las pocas horas reinaba una tranquilidad a bordo, que sólo vino a turbar el camarero a las tres, anunciando al pasaje que había que trasbordar en Colón. ¡Qué fastidio! No nos habían advertido nada a la salida. Suspendi-

mos contrariados el sueño y rápidamente estuvimos listos para el trasbordo.

Pasamos al vapor «Corrientes» y en éste continuamos el interrumpido descanso. Al día siguiente se presentaron cielo, agua, vapor y pasajeros más o menos lo mismo que el día anterior.

Al ir remontando el río Uruguay, hay lugares en que se ven apenas las costas y en otros, de continuo y muy cercanas, a la izquierda, la argentina, llena de árboles y ranchitos y la oriental a la derecha, más escarpada y barrancosa, bordeada en parte por sauces llorones y otras plantas de sombra.

Una nota de evocación pone, al faltar unas horas para llegar a Concordia, la estatua de Artigas, que se alza en su pedestal de granito sobre la costa uruguaya, como celoso guardián de su tierra y de su fama.

A las diez y seis llegamos y previos los saludos de la prefectura y demás diligencias, un poco cansados, con bastante calor, deseosos de ponernos cómodos, desembarcamos en Concordia donde nos esperaban... no ningún pariente ni amigo, pero sí una porción de cocheros con jamelgos flacos, que de pie sobre el pescante nos hacían señas amistosas para tener el «gusto de llevarnos al mejor hotel de la ciudad».

Un gran patriota

(Anécdota)

En el Senado de Buenos Aires, Sarmiento sostenía una iniciativa del gobierno del Estado tendiendo a contratar en Europa un empréstito de 800.000 pesos fuertes, para construir un ferrocarril. A los senadores que se oponían al proyecto, Sarmiento contestaba:

—Espero que he de vivir lo suficiente para ver en mi país ochocientos millones de pesos empleados en líneas férreas.

Y como el Senado acogiera con risas esa profecía, el gran luchador agregó:

—Que se tome nota de esas risas, porque quiero que el porvenir de mi patria sepa hasta dónde tuve la visión de su grandeza y sepa, asimismo, con qué clase de hombres he tenido que luchar.

Día gris.

Los días nublados se suceden a los días de sol radiante. Las primeras ráfagas otoñales barren el bosque y la pradera para aumentar la caprichosa enramada de hojas secas, que llena ya las horas con su canto triste, con ese canto, murmullo y ruido a la vez, que habla tan solo al espíritu.

Las plantas, melancólicas todas, doblan su cabeza, guardando entre el capricho de sus ramas varios retoños que saldrán más tarde, cuando llegue la época alegre y sonriente de la primavera; los pastos están quebrados; arrasados los campos; ni pájaros, ni una sola flor se eleva en el vergel; solamente vierte perlas el alba cuando al despuntar la gentil aurora, aumenta la tristeza de un día frío y gris...

Pero ¿la naturaleza duerme?

No, no es sueño, es un prolongado letargo, propicio para el resurgimiento de los gérmenes que se desarrollarán en pequeños vástagos.

Ya el ruiseñor no saluda a la aurora con sus trinos armoniosos, sino enmudece, trata de ahuyentar el canto sombrío que viene a su garganta; siente la nostalgia de sus mejores días de primavera; espera que el disco solar esparza sus débiles rayos, para entibiar sus

alitas entumecidas por la helada de la noche anterior; vuelve a elevar su vuelo, buscando alguna semilla con que alimentarse, y cruza la inmensidad, dejando un triste recuerdo...

Cae el sol, envolviendo parte del universo; poco a poco en la atmósfera la luz se pierde... ni el más leve ruido... reina el mayor silencio...

¡Qué lástima que el crepúsculo vespertino se avecine tan pronto, cubriendo de tristeza a todos, con su velo desolado y misterioso! Cerrad puertas y ventanas, que el frío se está haciendo más intenso y va entrando la noche en nuestro cuerpo pero no en nuestra conciencia...

La niña honrada

— A esa joven que pasa por la calle
¿La conocéis?

Mirad en su semblante
La plácida expresión de la inocencia
La pureza de un ángel.

— Pero ¿Quién es?

— Es una santa niña
Que vive trabajando
Llena de amor filial y de contento,
Para llevar a sus ancianos padres
Con su jornal bendito
La dicha y el sustento.

— Y en su afán sin segundo,
Aunque pasa la vida en el trabajo
¿Nada posee en el mundo?
— Vos juzgaréis, si es poco lo que tiene
En su existir espléndido:
Su candor, su modestia,
Los seres venturosos a quién ama,
Y limpia como el cielo la conciencia.

X. X.

Recuerdos de la infancia

Escribir sobre la infancia es algo que exalta el corazón, sobre todo cuando ha llegado ya a contarse varias primaveras.

¡Cuántas evocaciones! ¡cuántas reminiscencias se agolpan y batallan por surgir más pronto a nuestra mente al decir «cuando era chica...»

Patentes, nítidos, todos nuestros recuerdos, aparecen en un segundo impregnados de ese encanto tan peculiar de los seres inconscientes, ajenos a los peligros, llenos de ilusiones, en cuyo mundo viven sin sospechar siquiera los arcanos que él encierra.

Al abordar este tema, mi imaginación construye rápidamente las escenas del hogar: las horas de la comida, las pequeñas desavenen-

cias entre hermanos, las reprensiones maternas, la enfermedad de mi padre, el desencanto sufrido por mí, un día en que al buscar en mi escondite las monedas que con instinto de previsión guardaba tanto, para satisfacer un deseo, y... me encuentro... el sitio, únicamente, donde habían estado.

(Esta picardía fué obra de mi hermanito, que sin duda me acechaba, cuando yo, satisfecha al ver que el caudal iba creciendo, no reparaba en su espionaje.)

Hace poco, estando reunidos en casa, entre íntimos, recordando las travesuras infantiles y ocurrencias propias de la edad, uno de los presentes, mi hermano, contó lo que sigue: «Estaba yo en segundo grado. Sentados en bancos de dos, tenía un compañero a mi derecha que todo el día me molestaba con sus pedidos de «emprestame la goma», «emprestame un lápiz, que me se ha roto la punta», aparte de que, como no era muy aventajado, casi se echaba encima al dirigir a mi cuaderno miradas escrutadoras para pescar los resultados de las cuentas de dividir, que eran su pesadilla.

«Tanto me fastidiaba, que varias veces le dí codazos para que se retirara; pero como era algo mayor que yo, quería hacer valer su supremacía en edad y unas veces por complacencia, otras, casi, por no tenérmelas que ver con él a puño limpio en la esquina de la escuela, consentía en que se copiara.

«Un día, nefasto día, me cansó tanto que

para conseguir que se quedara en su lugar y como no me hiciera caso al pedirle que se retirara, me sacó de mis casillas y le dí un fuerte pisotón! para que escarmentara. Un ¡ay! estridente, que resonó en el salón, salió de labios de mi compañero; la maestra, es claro, preguntó quién había sido el autor de tal hazaña y no tuvo mucho que sospechar, pues debía tener yo fama de diablo cuando en seguida se encaró conmigo diciéndome: «A que eres tú».

«Como castigo me puso detrás de los soportes del pizarrón, cosa que no desaproveché, pues me puse a dibujar monigotes con nombres de la maestra y de mis compañeros.

«Llevaba ya casi un cuarto de hora y mi paciencia se iba agotando. Se me ocurrió asomarme varias veces por los costados del pizarrón para hacer morisquetas a los chicos, cuando una tentación satánica me hizo dar un tirón a uno de los rulitos que adornaban la nuca de mi maestra, la cual se hallaba sentada en ese momento y como es natural, no pudo reprimir un grito, indignándose sobremanera.

«Entonces... ardió Troya; me llevó a la Dirección, oí como truenos el reto de la directora y al mandarme a casa con el portero y la correspondiente suspensión, se desencadenó la tormenta en mi madre, que aunque en su interior, seguramente, me perdonó en seguida mi falta de respeto, acostóme sin cenar.

«Esa noche, no sé si por el efecto de la vigilia o por la impresión causada, tuve horribles pesadillas...

«Un monstruo de cabeza muy crespa me envolvía en sus largos rulos que parecían quererme ensortijar y apretarme la garganta para ahogarme. Miles de diablillos giraban en torno de mi cama, burlándose de mí y sacándome la lengua; uno de ellos me absorbía con su mirada de rencor; pero en eso un diablo con faldas y una horquilla enorme quiso trincharme, seguramente para arrojarme al infierno, cuando dí un grito de espanto que despertó a mi madre; abrí los ojos y la ví posando su mano sobre mi frente afiebrada y preguntándome:—«¿Qué soñabas? Tú no estás bien. ¿Qué te pasa?» —«Nada — le dije; — es que pensaba en cosas muy desagradables. Oye mamá, necesito tu perdón para dormir tranquilo». Ella me abrazó efusivamente y aun hoy, que ya soy hombre, me parece sentir la tibieza de aquellos queridos brazos...»

Marte

Este planeta ha sido también objeto de diversos estudios y observaciones por parte de los astrónomos, que hasta hoy día no han conseguido diferir a ciencia cierta muchas de sus características.

Ofrece algunas semejanzas con el nuestro en el valor del radio terrestre, en la inclina-

ción de su eje, en su atmósfera, aunque es mucho más densa, con aire semejante al terrestre y con vapor de agua, pero siendo su volumen más de seis veces menor que el de la Tierra.

Fácilmente se le conoce en la bóveda celeste a causa de su luz rojiza, ofreciendo variedad de brillo e intensidad.

Observado con telescopios poderosos se ven sobre su superficie manchas claras y oscuras y una serie de líneas o fajas complejas, irregulares, que se las ha denominado «Canales de Marte». Las estaciones son más marcadas en Marte que en la tierra, porque la inclinación del Ecuador es mayor y el año es dos veces más largo, pues dura el tiempo de su revolución 687 días terrestres.

Respecto al clima puede decirse que este mundo marciano ha ido enfriándose más rápidamente que el nuestro, mas no por eso deja de tener veranos prolongados, intensos, que derriten casi por completo la nieve de los polos.

En esta época del año de Marte, la atmósfera se carga de vapores de agua que poco a poco van invadiendo las latitudes vecinas del Ecuador; las altas latitudes conservan el sol en su horizonte durante cerca de un año y todos estos factores aunados favorecen la vegetación.

Hace algunos meses pretendió un norteamericano ponerse en comunicación radiotelefónica con los habitantes de Marte, pero no con-

siguió contestación alguna, cosa prevista ya antes de realizarse.

Por muchas causas es imposible hablar con Marte y aunque muchos astrónomos, como el abate Mareaux, Camilo Flammarion, Charles Normand, Martín Gil y algunos otros pensaron en un momento de exaltación poder mantener alguna comunicación con él, tuvieron que desechar la idea.

Frente a los maravillosos descubrimientos de que estamos siendo testigos en los tiempos que corren, tal vez con los años llegarás a alguna nueva en cuanto a lo que se refiere ponerse al habla con algunos de los otros mundos que pueblan el espacio.

Bástenos por ahora saber que hay varios millones de seres en la Tierra con los cuales podríamos entendernos aunque fuera por señas, y aun así a veces no pueden vivir en paz unos con otros, de tal suerte que esta palabra «Paz» para evitar su contraria «Guerra», encierra todo un caudal de política, diplomacia y buena voluntad de parte de las diversas naciones.

La memoria de Urquiza

(Anécdota)

En 1843 fué asesinado en Nogoyá don Cipriano de Urquiza, hermano del que fué después vencedor en Caseros y organizador de la República.

El asesino, llamado Rodas, desapareció sin dejar huellas.

En 1859, diez y seis años después del suceso y antes de la campaña de Cepeda, hallábase el general Urquiza en su despacho de San José, cuando se hizo anunciar un militar que dijo ser el comandante Rojas.

Ya en el despacho, Urquiza lo miró un breve instante, y le preguntó, severo:

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el comandante Rojas, excelentísimo señor...

—¡Rojas, no! ¡Rodas debe usted decir, eh!...
— exclamó Urquiza fuera de sí y golpeando con el puño sobre la mesa gritó:

—¡Salga de mi presencia, miserable, asesino!... ¡No quiero más sangre!... ¡Rojas, eh?...

El comandante Rojas (pues él era), lívido y

como atontado, salió torpemente de la habitación... montó a caballo y desapareció...

El general Urquiza lo había reconocido, a pesar del tiempo transcurrido desde el asesinato de su hermano Cipriano, y de haberlo visto sólo una vez.

El sentimiento

(FÁBULA) de E. Trilussa

Al despedir de su nidal a un hijo
un palomo ya viejo,
con solícito amor así le dijo:

— Escucha este consejo:

Huye del hombre que ha de darte caza
porque fué siempre salteador de raza,
aunque en verdad a veces es posible
conjurar su egoísmo y sus enojos
y arrancar una lágrima a sus ojos,
tocándole la cuerda más sensible.

Así, pues, si en sus garras te encontraras,
dile que tu mujer te espera inquieta
Y no te matará porque él respeta
los lazos familiares.

Mas si en guisarte todavía insiste
dile que, haciéndote pichón viajero,
puedes ser un heróico guerrero
y salvar a la patria en que naciste.

Si con frases patrióticas lo engañas,
se estremece hasta el llanto su piedad
y pensando en homéricas hazañas
te deja en libertad.

Mas si a pesar de todo es inclemente,
recuérdale, por fin, que eres pariente
del Espíritu Santo que es pichón.
Porque el hombre, ante el vínculo sagrado,
no puede ya negarte su perdón.....
¡Pero asegúrate de que ha almorzado!

Traducción de Ricardo del Campo

Felicidad

Mañanita de verano. Las aguas del Tigre
están mansas y doradas como trigales en flor.
El sol llena el universo con claridades que
penetran en el alma y llenan de gozo a los en-
cantadores niños que pasean a orillas del
remanso.

Uno de aquellos insinúa un paseo en lancha.
La madre accede y un alboroto se oye entre
los querubes al estar instalados dentro de
aquella, que orgullosa de conducir tanta vida
y esperanzas se desliza lentamente por la
superficie líquida.

Los pajarillos gorjean entre el ramaje de

los sauces llorones, que bañan sus hojas en el río.

La calma invade el paisaje lleno de alegrías y todo se exterioriza embargado del himno que los seres entonan al Hacedor.

La lancha ha proseguido su camino y se acerca poco a poco a la empalizada de un «Recreo» donde el padre aguarda; un estremecimiento muy íntimo recorre todo su ser al ver llegar ese manojito de vidas con que la felicidad bendijo su hogar humilde, haciéndole amar más en ese instante su propia existencia.

Visitando el histórico museo

La curiosidad, madrastra de algunos pecados, pero también madre, cuando del saber se trata, hace que en presencia de tanto objeto como hay en un museo, quiera abarcar con los ojos, todo de una vez y salta de una cosa a la otra; de un traje a una camilla, de un fusil a una tetera, de un abanico pintado a un par de botas cubiertas con el polvillo del tiempo.

Cada adminículo habla en voz baja al visitante; cada uniforme parece que se arquea para albergar el cuerpo de quien perteneció; cada espada tiene un extraño fulgor en ese instante; cada medalla o manuscrito parece que ensancha sus letras para que podamos leer al través de los años que han pasado...

Y al contemplar todas estas condecoraciones, utensilios y moblajes que han convivido las horas de los guerreros, las glorias de los héroes y las angustias de los derrotados, imploro al «Tiempo» un poco de respeto y de piedad para esas cosas que enlazan el ayer con el hoy y el hoy con el mañana.

Ellas guardan en sí las tradiciones y no piden sino un lugar en un museo y un rincón en nuestro pecho.

¿Qué mejor vejez puede ofrecérseles que la tranquilidad reveladora de un asilo de elocuencia y el agradecimiento y veneración de una estirpe que respeta a sus mayores?

Las nubes

Cual vellones de lana cardada se presentan ante mi vista las nubes blanquecinas. Recorren el espacio al parecer lentamente. Quizá se persiguen unas a otras en plácido deslizamiento como enseñoreándose de tanta majestad.

Por el Noreste, otras no tan hermosas pero sí más ampulosas en su forma, corren veloces impulsadas por el viento que las empuja. ¿Adónde irán?

¿De qué presagios serán mensajeras? Hacia el occidente vése el cielo arder como en ho-

guera de infierno que incendiara el horizonte lejano, y las casas, los árboles, los contornos de las cúpulas distantes, reciben la reverberación de aquellos últimos rayos... pues la tarde languidece y en un insensible abandono adormécese en brazos de los primeros celajes nocturnos.

¡Quién pudiera volar como las nubes para encontrar en el entrecruzamiento alguna otra electrizada que chocara con la nuestra y surgiera la chispa divina como por encanto, convirtiéndonos en rayo de luz celeste para las almas nubladas!

Las nubes semejan en nuestra existencia los borrones del vivir, los remordimientos de lo que se hizo tal vez en un instante de electrificación nerviosa.

Pero, ¿pudo pensar el criminal, el que mató por pasión, por venganza o por despecho que el suprimir una vida era echarse un borrón sobre la frente?

¿Cómo es posible que su cerebro en penumbras pudiera concebir la reflexión... producto de lucidez?

No. Esos nimbus del odio, del rencor, tienen forzosamente que resolverse en lluvia de sangre para sus ojos, pero en lluvia bienhechora que regará también algún día la flor del arrepentimiento, nacida en su corazón.

El rosario de mi madre

De la pobreza de tu herencia triste,
solo he querido, ¡oh madre! tu rosario;
sus cuentas me parecen el calvario
que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos, al rezar pusiste
como quien reza a Dios ante el sagrario,
en mis horas de errante solitario
voy poniendo los besos que me diste.

Los cristales prismáticos y oscuros,
collar de cuentas y de besos puros,
me ponen, al dormir, círculo bello.

Y de mi humilde lecho entre el abrigo
me parece que tú rezas conmigo
con tus brazos prendidos a mi cuello.

Salvador Rueda

El arte y la caridad unidos

(Anécdota)

Estando estas dos eminencias del arte — violinista y tenor, respectivamente, navarros y muy amigos — paseando una noche por una calle de Barcelona, vieron a un pobre ciego que, por más esfuerzos que hacía tocando a más no poder, no llegaba a interesar la caridad de los transeúntes, por lo cual dos lágrimas corrían por su macilento rostro. Fijóse Sarasate y, consultando con Gayarre, ambos decidieron hacer una obra de caridad. Se dirigió el primero al ciego y le dijo:

—¿Quiere prestarme el violín, hermano, a ver si yo procuro ganarle una peseta?

El ciego, maquinalmente, le alargó el violín, diciéndole:

—Tome, hermano; pero es inútil.

Entonces Sarasate, dirigiéndose a Gayarre, le habló:

—Entona una jota, de esas que tú sabes.

Al oír el ciego las primeras notas, su rostro cambió, reflejándose la mayor alegría al comprender que era a un artista a quien había cedido el violín. El público comenzó a reunirse, y al cantar Gayarre la jota, aquello

fué el delirio; lo cual fué aprovechado por el tenor que, tomando el sombrero del ciego, pidió para él mientras Sarasate seguía tocando.

Entregaron el sombrero lleno de dinero y el violín al ciego, quien no encontrando palabras cómo demostrar su agradecimiento, se dirigió a Sarasate y le dijo:

—Tome el violín, que no es digno de estar en mis manos.

Los dos artistas se retiraron, mientras el ciego los bendecía y a gritos ofrecía su violín; el público aplaudía y ovacionaba vehementemente al ver el arte y la caridad unidos.

Himno a la escuela

¡Salve Escuela, Oh centro divino!
Gran cerebro que enseñas al mundo
Los arcanos, las cifras y signos
Que reflejan del mar lo profundo.

En tu seno se plasman las almas
De los niños ansiosos de vida,
Tú eres madre que alberga celosa
Los tesoros de faz tan querida.

En los surcos de nuestro intelecto
¡Cómo esparces raudales de ciencia!
¡Cómo inflamas la chispa divina
Y formas del hombre su propia conciencia!

Como el sol con sus vivos destellos
Diluyes las sombras de toda ignorancia
Y en el bello crisol de las razas
Forjas las vidas con sabia constancia

Quiero verte por siempre muy alta
En las cercanas regiones del cielo,
Que de estrellas se cubran tus sienés,
E iluminen cual faros tu vuelo.

Enanos y gigantes

I

- ¡Pero, vean eso!
- ¿Quiénes serán?
- ¿De dónde vienen?
- ¡Qué chiquitos!
- ¡Qué ridículos!

Todos los habitantes del corral de aves habían acudido para ver a la familia de gallinas que acababa de llegar. Pero ¿eran gallinas en realidad? Tenían figura de tales; pero eran tan chicas que parecían juguetes. Había un gallo, dos gallinas y cuatro pollitos, todos completamente blancos, y tan lindos y finos, que daba gusto verlos.

Las demás aves, sin embargo, no los hallaron lindos, sino ridículos. ¿Dónde se había

visto un gallo del tamaño de un pollo de tres meses, y unas gallinas un poco más grandes que palomas, y polluelos que las madres deberían llevar en el pico para no perderlos? ¿Cómo serían los huevos? Sin duda había que ponerse anteojos para verlos. ¡Vaya con los bichitos esos!

La familia de pigmeos — pues tales eran — se había reunido en un montoncito y miraba en derredor suyo con curiosidad y desconfianza, exactamente como miran los chicos nuevos en la escuela, cuando salen al primer recreo. Todas las aves, gallinas, patos, gansos y pavos se apretaban alrededor y daban cada cual su opinión.

—Vamos a ver — dijo al fin alzando la voz un magnífico gallo inglés, cuyas plumas brillaban como metal — vamos a ver, ¿quiénes son ustedes?

—Somos pigmeos — respondió el gallito blanco con su voz finita, cortés, pero sin demostrar miedo.

—¡Pigmeos! ¿Y qué quiere decir eso?

—Quiere decir «enanos».

—Justamente, es lo que son ustedes. ¿Y de dónde vienen?

—Venimos de un criadero de aves finas — contestó el gallito con no poco orgullo.

—¡Finas! — exclamó el grande con desprecio. — Más les valdría que se hubiesen dado maña para crecer un poco más, en vez de darse aire de finos. Míreme a mí; yo sí que soy fino.

—Pues nadie diría; pareces más bien gro-

sero — replicó el chico, llamado Valiente y que a pesar de su poco tamaño era, por cierto, todo un señor gallo y no estaba dispuesto a dejarse insultar por nadie.

—¿Cómo? ¿Qué dices, insolente? — gritó el otro, enfurecido, y sin más se precipitó sobre él. Pero el pigmeo, en vez de huir, como había creído el gallo grande, le hizo frente con el plumaje erizado y nada asustado por el tamaño del enemigo. Por supuesto que el gallo grande le habría despachado en dos picotazos, si hubiesen alcanzado a pelearse; pero en aquel momento llegó felizmente el cuidador y separó a los combatientes. Los pigmeos fueron llevados a una división alambrada del corral de aves, donde debían pasar la primera noche.

El gallo inglés se quedó batiendo las alas y lanzando un «qui-qui-ri-quí» tras otro, como si hubiese alcanzado una gran victoria. Pero los que habían visto el valor del gallito blanco ante su terrible enemigo, fueron de opinión que éste hubiera tenido más derecho para cantar «qui-qui-riquí».

II

Al cabo de pocos días, durante los cuales el cuidador vigiló continuamente, las aves se habían acostumbrado a los pigmeos y ya no los atacaban. Poco a poco hasta fueron haciéndose muy amigos. Las gallinas grandes veían que las «enanitas» cuidaban tan bien como ellas a sus pollitos, y que éstos, a pesar de ser tan chiquitos, eran lindos y sanos como los pro-

pios. En cuanto al gallito Valiente, todos lo trataban con mucha cortesía, pues él era a su vez muy atento y caballeresco, probando así que era realmente de raza fina.

El único que no le demostraba amistad era el gallo grande, el que llamaban Clarín, por su voz penetrante. Este no hablaba del gallito blanco sino llamándole «el fenómeno» o «el enano» y no perdía ocasión de ridiculizarle. También le acometió unas cuantas veces; pero siempre el cuidador le vió a tiempo y le corrió hasta que Clarín se metió en un rincón; porque en presencia de los hombres, Clarín, el grande, el orgulloso, no era nadie. El gallito pigmeo, por su parte, no buscaba por cierto la riña, pero no daba a la vista de Clarín ninguna señal de temor. Por el contrario, pasaba frente a él bien erguido, como diciendo:

—Yo no busco peleas; pero si alguien quiere medirse conmigo, aquí estoy.

III

El corral de aves comprendía un gran espacio cercado de tejido de alambre, cuya puerta se mantenía siempre cuidadosamente cerrada.

Un día, sin embargo, uno de los niños del patrón entró para mirar unos patitos recién nacidos, y al salir se olvidó de cerrar la puerta.

Esto fué notado por Clarín, que había nacido en el criadero y nunca había salido de él. ¡Qué ocasión para ver un poco de mundo! Precisamente no había nadie vigilando, y Clarín, alargando el cuello y mirando hacia todos lados

con precaución, se escabulló por la puerta. Una vez fuera, le fué fácil llegar hasta la cerca de cina-cina que rodeaba la propiedad. Halló un agujero y se encontró en el campo.

Ya hemos dicho que Clarín nunca había salido de la chacra donde naciera. Aunque allí tenía bastante espacio para correr, nunca era lo mismo que el campo abierto; al menos, así le pareció a él. Ahora que estaba fuera, aprovecharía.

¡Qué satisfacción luego cuando volviera!
¿Quién se atrevería en adelante a discutir con él, con Clarín el viajero?

Clarín siguió andando, deteniéndose aquí para picotear alguna semilla, más allá para escarbar la tierra en busca de lombrices o destrozarse algún escarabajo muerto. Todo eso lo tenía en casa también, pero allá le pareció mucho más sabroso.

Iba sin fijarse en el camino, y había «viajado» lo que a él se le ocurría larguísimo rato. De pronto se encontró en una carretera.

—¿Qué habrá del otro lado? — pensó. — Vamos a ver.

Pero en el momento de cruzar la calle sucedió una cosa extraordinaria.

Clarín sintió un ruido curioso y vió un carruaje que se acercaba con una velocidad terrible. Ese carruaje no tenía caballos y se movía aparentemente solo, haciendo un ruido ensordecedor y levantando nubes de polvo.

—¿Qué será aquello? — dijo Clarín parándose bien en medio del camino.

Pero ahí venía el automóvil, pues eso era; un momento más, y estaba encima de él.

Entonces Clarín comprendió el peligro y echó a correr como loco con las alas abiertas apara ayudar a los pies, con el cuello estirado y cacareando como gallina. Detrás venía el automóvil con su traqueteo infernal. Ya lo sentía cerquita. ¡Dios mío! ¿Dónde meterse? Por fin, Clarín acertó a hacer lo que debiera haber hecho desde el principio, es decir, en vez de seguir corriendo ciegamente hacia adelante, dió un gran brinco a un costado. Era tiempo, pues el automóvil pasó casi rozándole, en medio de un alboroto de motor y bocina y envuelto en tierra y mal olor. Fué tal el espanto de Clarín, que hizo un esfuerzo desesperado y pasó volando una cerca muy alta, yendo a caer al otro lado, hecho una bola de plumas, medio muerto de susto y sin aliento por el enorme esfuerzo.

En los primeros instantes no se dió cuenta de nada. Después vió adonde había venido a dar; en medio de un criadero inmenso de gallinas pigmeas, que se habían desbandado espantadas y ahora volvían para ver qué era ese monstruo que acababa de llover del cielo. De todos lados venían, blancas, chiquitas, empujándose unas a otras, cloqueando y llamándose mutuamente.

— ¡Vengan a ver! ¡Vengan a ver!

— ¡Ha llegado un gigante!

— ¡Un gallo fenómeno!

— ¡Mírenlo, mírenlo!

— Nunca se ha visto nada igual. ¿De dónde vendrá?

— ¡Qué horror!

— ¡Qué tamaño!

— ¡Qué figura!

— Parece que tuviera calzones de plumas.

— ¡Qué ridículo!

Y seguían los comentarios. El pobre Clarín, arrimado contra la cerca, había perdido todo su orgullo y dignidad. En medio de aquella gente menuda y finita se sentía realmente monstruoso y fuera de lugar. No cabía duda de que hacía allí una figura muy ridícula. Si hubiese podido hacerse un nudo en cada una de sus largas patas amarillas, y otro en su cuello reluciente, y otro más en su hermosa cola arqueada, lo habría hecho con mucho gusto. Como eso no era posible, trató de darse un poco de tono; alisó sus plumas, que se le habían erizado y le hacían parecer más grande aún de lo que era en realidad, y alzó la voz para hablar. Pero las pigmeas, en cuanto oyeron las primeras notas de su canto, se dispersaron horrorizadas.

— ¡Qué voz! — exclamaron. — Peor que la del automóvil que pasó recientemente. ¡Como para volverse sordo!

Clarín se enojó. No estaba habituado a servir de hazmerreír, él, que en su casa acometía a picotazos al que se atreviera a levantar mucho la voz en su presencia.

Bajó la cabeza y atacó a las gallinas que estaban más cerca. Pero el experimento le

salió bastante mal, pues aunque aquéllas huyeron, las demás le hicieron frente, y eran tantas, que Clarín se vió en una situación muy desagradable, sobre todo cuando llegaron a escape algunos gallitos para defender a sus esposas.

Entonces, cuando la batalla parecía inevitable, algo pasó por la cerca junto a Clarín y subió a una piedra desde donde lanzó un sonoro «qui-qui-ri-quí».

— ¡Valiente! — exclamaron todos. — ¿De dónde vienes?

Era, en efecto, Valiente, el gallito pigmeo llegado hacía poco al criadero de Clarín, y ésto era lo que había sucedido. Como aquél, al ver la puerta abierta, tuvo ganas de salir y resolvió dar una vueltecita para ver a los parientes y amigos, con quienes había vivido antes de ser llevado a su nuevo domicilio. Le había costado hallar el camino, pero allí estaba, y por cierto que había llegado muy oportunamente. Vió a Clarín en peligro y su primer pensamiento fué dejarle pasar un mal rato para que aprendiera un poco de cortesía. En seguida le dió lástima y resolvió ir en su ayuda. Así, después de cambiar los primeros saludos, se dirigió a los suyos y dijo:

— Permítanme, ante todo, que les presente a un amigo, el gallo Clarín, primer premio en la última exposición de aves de corral de Buenos Aires.

Esto impresionó mucho a las pigmeas, que saludaron cortésmente al «amigo» de su pa-

riente. Se cambiaron explicaciones y disculpas y la conversación se hizo general.

La conducta caballeresca del pequeño Valiente conmovió mucho a Clarín y para confesar la verdad, también le hizo avergonzar bastante.

Tuvo que decirse que en realidad habría merecido otra cosa. Tuvo que decirse asimismo algo más: que es no sólo una falta de educación, sino también una falta de inteligencia burlarse de personas distintas de nosotros y llamarlas «bichos raros», puesto que nosotros parecemos «bichos raros» entre gentes de otras figuras, y otras costumbres. En una palabra, que nadie es enano ni gigante sino comparado con otros.

Quiso demostrar entonces que también sabía ser fino y culto, como correspondía a un «primer premio».

Cuando regresaron a la chacra, después de un rato de amistosa conversación, ofreció la pata a Valiente, diciéndole:

—Señor Valiente: gallos como nosotros no debemos ser enemigos. Hace tiempo que deseo serlo de usted, y si usted siente como yo, le ofrezco mi amistad.

Valiente tuvo muchas ganas de reír; pero se contuvo y cambió con Clarín los votos fraternales y de amistad.

Ada M. Elflein

Al futuro hombre

Ayer eras capullo
hoy ya eres niño
con el alma más limpia
que el blanco armiño.
Procura que esa imagen
de la blancura
se conserve por siempre
a gran altura.
El mañana te aguarda
feliz o triste
según las armas nobles
que aquí esgrimiste.
Cuanda llegues a viejo
serán tus canas
nieve de las almas
más soberanas.
Escribe en blanda arena
tus sinsabores
y graba en dura piedra
todas tus flores.
De ejemplo simiente
será tu vida
perpetuada en tus hijos
y bendecida.

Juegos de chicos y grandes

«Pelota devuelta»:

La que reciben los que creyendo ir por lana... salen trasquilados...

«La muralla china»:

La barrera infranqueable que encuentran los que no teniendo dinero para sus empresas, no se ingenian para resolver la vida y triunfar honestamente.

«El gavián y la gallina»:

Los que demasiado confiados en los demás, no se dan cuenta de que el gavián acecha y en eso les roba uno de los mejores pollos: La tranquilidad o el honor.

«La cinchada»:

A esto juegan los que estando al tira y afloja con la fortuna, tanto tiran de la cuerda de su bienestar para tener más, que cuando quieren recordar se caen... sentados, no pueden disfrutar a tiempo y pierden la partida.

«El sube y baja»:

En este juego interviene a veces la suerte y otras, subimos o bajamos del balancín según nuestros propios méritos. ¿Quién sería capaz de mantenerse en el «sube» sin miedo de caerse?

«Las banderitas»:

A cuántos veo correr, correr sin cesar, sin fijarse en los medios que emplean para llegar antes a la meta; mas en el camino se les caerá la banderita tramposa, quedando bien mal parados por cierto.

Y ahora lectores, ¿quién de vosotros se cree el mejor jugador?

Irónica orden de pago

(Anécdota)

Nuestro Jardín Zoológico cuenta entre sus creadores a Sarmiento. Un día en que el viejo atleta dirigía los trabajos de organización, se reunieron una veintena de jóvenes en las cercanías del bosque, y después de celebrar allí un almuerzo se les ocurrió la idea de darle una broma y hacerle pagar la fiesta fundándose para ello, en que ésta se había realizado en los

«Dominios de la nueva creación». Aprobada la idea por unanimidad, uno de ellos se presentó en el despacho de Sarmiento, con la cuenta del hotelero, y cuadrándose con cómica gravedad se la entregó. Sarmiento después de leerla, tomó la pluma, firmó la orden de pago y haciendo una reverencia se la devolvió. Está de más decir la algazara con que lo recibieron sus amigos al verle llegar, agitando en triunfo el papel; pero también de más está decir, la cara que pusieron al leer la orden: «Páguese y cárguese este gasto en la partida de alimentación de los animales del bosque».

Filosofía de un organillero

Cierto organillo que ambulaba por las calles colgado de las correas de su dueño, y cuya misión era sonar de puerta en puerta, hizo las siguientes observaciones:

Cuando íbamos por los parajes de calles con edificios más o menos lindos, de grandes puertas, por donde parecía que la felicidad debía entrar más a sus anchas, mi dueño se esmeraba en tocar «Boheme», «Traviata», «Rigoletto», pero al comenzar los primeros compases de estas piezas, salía una sirvienta, con cara destemplada, y decía: «No toque más, que a la señora le duele la cabeza».

Cesaban en seguida los sonidos y seguíamos adelante nuestro camino hasta la otra puerta. En ésta tocaba mi amo como en la anterior y un chico salía con cinco centavos, diciendo: «Tome y no toque».

Así seguíamos calle arriba. En algunas otras casas le daban al pobre hombre dos centavos, en unas diez, en otras, una mala contestación a su música, y de esta manera llegamos a un barrio de más modestia.

Las chiquilina se agrupaba en torno nuestro, y el hombre tal vez un poco psicólogo de la popularidad infantil daba comienzo a «Bartolo tenía una flauta, con un agu...»

Todas las caritas se iluminaban de contento y algunos tarareaban la letra.

Yo, gozaba satisfecho al ser objeto de tanta admiración y portador de un poco de alegría para esas almitas cándidas.

Estaba por terminar la pieza, cuando un chiquitín como de cuatro años, trayendo en triunfo diez centavos y abriéndose paso por entre los otros, dejó oír estas palabras: «Dice mamita que toque otra».

Concluída la de tan simpático efecto, mi hombre tocó «Andate a lavar la cara...»

Todos los chicos empezaron a cantarlo dirigiéndose con picardía unos a otros.

Y en verdad que podían hacerse alusión algunos de ellos; pero el goce estaba allí, la felicidad también, en el corazón de esos chicuelos que tan poco les costaba disfrutarla, y en el corazón del viejo...

El organillero prolongó la pieza más que de lo de costumbre, quizá por sentirse héroe de aquel cuadro encantador, y tanto tocó que la música se hizo cada vez más débil, más apagada como para que llegara solamente al alma de los niños y se convirtiera en música celestial.

Por supuesto el pobre filósofo tuvo que gastar en hacer componer su organillo, pero su satisfacción le pagó con creces el desembolso.

Palabras y Hechos

(FÁBULA) *de E. Trilussa*

Ciertos ratones de maduro juicio
que roían un queso alegremente
al ver pasar un gato, de repente,
simularon hallarse en un comicio.
Y así uno de ellos inició el debate
con un trozo de queso en el gznate:

— ¡Compañeros! ¡Es ésta la más fuerte
lucha del Pensamiento jamás vista!

¡Yo mismo lucharé por la conquista
de mi propio Ideal, hasta la muerte!

¡También lo haréis vosotros de seguro!

Y respondió cada ratón: — ¡Lo juro!

— Hacen las cosas tan al natural —
Dijo el gato — que no parece cuento.
Llámanle al apetito Pensamiento,
Y al queso lo proclaman Ideal,
Mas yo que tengo aquí a la Institución,
despacho de un bocado la reunión.

Traducción de Ricardo del Campo

Comparando

Hay aquí, en este mundo, como ustedes saben, un sinnúmero de seres que lo pueblan, con más o menos utilidad, al igual que lo que sucede con los del espacio, pues no sabemos todavía dónde están muchos de ellos ni lo que hacen.

Comparando unos con otros he llegado a esta conclusión, tomando en cuenta nada más que los principales:

«Los planetas»:

Hombres opacos, ignorantes, que no tienen luz propia, apenas la que les puede enviar a veces el sol.

«Los satélites»:

Son los que giran alrededor de los anteriores, pues saben que de reflejo algo les tocará.

«Las estrellas»:

Las mujeres que según su mayor o menor potencia en el brillo de sus aptitudes físicas, morales e intelectuales, pueden ser de primera, segunda, tercera, cuarta... o más magnitud.

«Las nebulosas»:

Multitud de estrellitas que aparecen en el mundo y de las que aun no se sabe su destino: los niños.

«Los cometas»:

Estos hombres-astros son los que llevan la cola de la envidia por las glorias ajenas, pero a diferencia de los celestes que les parte de la cabeza, a ellos les nace del corazón.

«Constelaciones»:

Estas estarían formadas por los astros de las ciencias, alrededor de cuyos hombres, hay los estudios.

«Estrellas fugaces»:

Los estudiantes superficiales que pronto se les escapan los conocimientos como si fueran vapores.

«Bólidos o aerolitos»:

Estos son los que a pesar de su naturaleza mineral y su corazón de piedra, se llenan a

veces de fulgores incandescentes, resultando hombres de buenos sentimientos.

Fáltame tomar en consideración al Sol, y efectivamente no encuentro hombre con quien compararlo, pero crearé uno que represente el «Saber».

Este será aquí en la tierra lo que el Sol es en el espacio: Luz, Vida, Poder, y centro del sistema planetario.

Su mejor retrato

Era Fabricio un pintor de renombre.

Sus cuadros acusaban arte refinado y un impresionismo peculiar que hacía vivir por breves instantes el cuadro representado a todo el que lo contemplaba.

Su pincel fundió los más sutiles matices; toda la gama de colorido que no había en su paleta la halló en su ardiente inspiración.

Las acuarelas eran de una delicadeza suma; los paisajes de otra índole, vividos primero por él para encarnar toda una escena real, que transportaba al lienzo con gran maestría. Sus retratos «hablaban» y más de una vez algún rico duplicó casi la suma convenida por alguna copia, que más que copia era el ser querido que se regocijaba de tanta perfección de verdad.

Tenía Fabricio un amigo desde la infancia, tan adueñados el uno del otro, que más que amigos eran hermanos.

Criado el pintor huérfano de padre y solo en el cariño solícito de su madre, había llegado a formar en su corazón dos lugares predilectos: su madre y su amigo Luis.

Este, inclinado a las ciencias desde temprano, no tardó en llegar a la meta de sus aspiraciones y habiendo cumplido ya los veinticuatro años recibió al poco tiempo el título de doctor en ciencias químicas y biológicas.

Su ideal estaba cumplido: tener un laboratorio instalado y entregar parte de su vida a las sorpresas de la alquimia y estudio de la ciencia de la vida.

Su amigo el pintor no tenía más mundo que su taller y su hogar, alegrado por la dulce fisonomía de la madre, que veía en él al pintor de alma.

Varias veces quiso Fabricio copiar ese original tan querido, pero unas por falta de tiempo, otras por no encontrarlo en disposición para ello, fueron pasando los meses sin lograr su deseo.

Un día la madre cayó enferma y entonces más que nunca temió perder la oportunidad de «copiarla», pero felizmente el mal mermó su fuerza y poco a poco la buena señora se repuso y volvió a las actividades de costumbre.

El momento deseado llegó para Fabricio cuando una tarde, sentada ella cerca de la puerta del taller, la encontró tan bien que le

pidió posara un rato para transportarla al lienzo.

Bosquejó rápidamente la silueta, dió los primeros toques de luz y sombra y no pudo seguir, porque un cliente vino a solicitarle un trabajo.

Al día siguiente continuó la obra en conjunto, mas le faltaban los detalles de expresión del rostro, poner el alma a esa fisonomía tan suya, cuando fué llamado por teléfono por el cliente en cuestión para que acudiera a su casa.

Interrumpió su trabajo y se encaminó a la casa de la que había sido solicitada su presencia. Cumplido su cometido y como le quedara de paso, entró a ver a su amigo Luis, que muy ocupado preparaba unas reacciones químicas. Cambiado un cariñoso saludo entre ambos, Luis continuó su trabajo y Fabricio seguía con interés el desarrollo del fenómeno, cuando en eso uno de los ácidos produjo una explosión yendo a herir directamente la vista del pintor.

La escena fué impresionante; Luis mandó llamar inmediatamente al médico y llevaron al enfermo a su casa donde quedó en asistencia.

La desesperación del pintor era que no veía; mas para ocultar en parte la aflicción a su madre, cuando ésta le preguntaba, decíale que sí, algo... aunque no muy claro...

En este estado pasó diez días y en la más completa obscuridad. El oculista seguía con interés el proceso del mal, sin albergar muchas

esperanzas sobre el resultado del tratamiento.

Un corazón vivía afonoso porque llegara el fin del plazo para la reacción.

La madre sufría horribilmente, sin sospechar que el desenlace habría de ser una ceguera completa.

Cuando el médico le manifestó que era casi... seguro... que perdiera la vista, su dolor no tuvo límites.

Entretanto el pintor pensaba en el retrato de su madre, a medio hacer. No podía conformarse con que el destino le deparara aquel final tan sombrío, sumido en las tinieblas más espantosas, sin poder poner en aquellos queridos ojos del retrato, el alma que faltaba en ellos, y que en el delirio hubiera sido capaz de imprimir aún a oscuras. Ante realidad tan triste llegó a guardar en su memoria e imaginación aquel retrato verdadero que él ahora suponía muerto en el lienzo pero vívido y nítidamente impresionado en su pensamiento.

Cuando la resignación fué invadiendo lentamente aquellas dos almas, el hijo decía a menudo:

—¡Cómo te veo, mamá! ¡Qué bien estás así, como aquella tarde!...

Y la madre llorando secretamente le contestaba:

—Ya sé que me ves, hijo mío, con los ojos de tu alma...

La luciérnaga

(FÁBULA) de E. Trilussa

De noche una luciérnaga viajera
tropezó con un sapo en la ribera
y cayó con las alas medio rotas.
Estando el sapo en tren de chirigotas,
le dijo: Tu fulgor está demás,
pues no sabes siquiera adónde vas.

Y observó la luciérnaga: — ¡perdón!
Pero la luz que llevo no la veo
porque la tengo atrás y en ésto, creo
que ha habido algún error de instalación.
Yo ilumino al pasar; es entendido,
Mas es justo también reconocer
que si alumbro el camino recorrido,
no puedo distinguir el que he de hacer.

Y no te digo los inconvenientes
que me acarrea aquella luz interna:
cada vez que ilumino la linterna
aprietan los murciélagos los dientes.
—Comprendo,—dijo el sapo.—Eres el puro
símbolo de esta civilización
que por iluminar, sin ton ni son,
a quien está en lo obscuro,
suele dar de cabeza contra el muro.

Traducción de Ricardo del Campo

La verdadera amistad

Es exquisita y propia sólo de ciertos espíritus que aman a la humanidad en ellos mismos.

Abren su corazón como recinto de simpatía engendrada a veces en un cambio de saludos, en una simple charla, en una circunstancia cualquiera.

Se entregan de lleno, sin ambages ni intenciones calculadoras y lo que ahora es una insignificante atracción espiritual más tarde puede ser una verdadera amistad, un vínculo fuerte que una dos almas por lazos de sincero afecto.

Todos, desde pequeños anhelamos un amigo y pronto la Naturaleza nos lo brinda; la pureza infantil no analiza: lo mismo puede ser un fiel cuzquito que un pajarillo enjaulado o un mínimo regalón, como un vecinito el que cautiva nuestro afecto y se hace inseparable, y muchas veces la escuela, también incuba grandes amistades.

La verdadera amistad es a la vez satisfacción infinita, comprensión de caracteres, una amalgama del oro de los sentimientos con afinidades de pensamientos e ideas.

Poco jugo, poca savia han de tener en su

sentir los que no tienen amigos porque no saben cultivarlos.

Aun los seres más concentrados, menos comunicativos, más egoístas, echan de menos alguna vez en su vida, no tener un buen amigo a quien hacer partícipe de sus alegrías o contrariedades.

El hombre, por instinto de sociabilidad trae consigo un algo que le impulsa para alternar con sus iguales y engendrar cariños que dan firmeza de ánimo y felicidad mutua.

Abnegación sublime, generosidad ilimitada, fidelidad recíproca, todo lo encierra una amistad verdadera que pone el sello de amor en los seres y cosas.

Sembrad desinteresadamente dulzuras, amabilidades, alegrías, rasgos generosos por doquier, y brotarán como por obra de encanto los amigos gratos y sinceros.

Me diréis que las zarzas de la ingratitud también surgen a menudo; no importa, abonadas con el olvido y dejarán lugar a todo lo bello de que es capaz un interior feliz.

Culto

¿Vas a cambiar los muebles de su cuarto?
No, no los toques, te lo ruego. Deja,
Es mejor verlos como estaban antes,
El lecho a ese lado y a la izquierda
aquel reclinatorio donde oraba
antes de que llamaran «¡a la mesa!»

Más allá, el lavatorio y la consola.
El ropero, la cómoda y aquella
mesa donde ella trabajar solía
en los días que hacía frío fuera.

A ese lado, el sillón. ¡Cuántos recuerdos
Guarda fiel en sus brazos de madera!
Es el sillón en donde se sentaba
hasta mucho después de estar enferma.
¡Mira qué viejo se halla! Y sin embargo,
¡Cómo ha durado y dura más que ella!

¿Cambiarle el terciopelo? Eso sería
lo mismo que cambiarle la existencia!
Y además, tú no sabes, muchas veces
a la luz de la tarde que se aleja

me parece mirarla aquí sentada
tejiendo alguna cosa, muda, quieta,
Como una virgencita que rezara
desgranando un rosario de albas cuentas
.....

Después de esa visión, te juro, hermana,
que me siento más lírica y más buena,
es como si me hablara su alma santa
para alegrar la mía en su tristeza.

¡Dejemos todo así! quitemos sólo
el polvo de los muebles, como si ella
hubiera de volver después de un viaje
penoso y largo que nos trajo pena;
que inundó de tristeza nuestras almas
porque temimos no volver a verla
Y volvamos aquí cuando tengamos
necesidad de fé y de fortaleza.

Julia Bustos

Todo tiene su destino

¿Os habéis detenido alguna vez a pensar en
el signo con que nacen predestinados los seres?
Mirad un trocito de hierro, un fragmento de
aro roto, una muñeca, una mariposa, un niño

recién nacido sobre el que está pendiente la incógnita de su destino.

Y se me ocurre pensar lo siguiente: cuántos y cuán variados serán sus roles en la vida para que al final, en virtud de la transformación de la materia queden reducidos casi a nada.

Ya veo el más tenaz de los elementos convertido en un montoncito de alfileres, en una pieza de una locomotora, en un par de grillos, en el eje de una rueda de aeroplano, en la reja que cortó las alas de libertad al encausado, en...

Al trocito de aro roto véolo ya en el crisol del joyero, confundido con otros varios, los cuales debido a la alta temperatura en que se abrasan, quedan en un instante licuados, cuando iban precisamente a contarse sus cuitas.

Veo morir asfixiado al helecho en un ángulo del salón de fiestas y volver a la tierra de la cual salió muy contento y confiado.

Al gusano, convertido en una mariposa y a ésta morir de embriaguez por la exquisita ambrosía que le brindaron las flores.

¡Y la muñeca! He aquí un pequeño ser nacido de entre las manos hábiles de alguien que amando mucho a los niños, quiso darles por juguete un hermanito más, pero de tela.

¡Qué dulzuras! ¡Cuánto amor encierra la muñequita de trapo para la tierna madrecita!

¡A cuál de vosotras no os ha embelesado alguna carita de porcelana o de tela pintada a

quien fingíais enojo porque no quería dormirse?

¡Oh, muñecas! Muñequitas de ojos azules o garzos, de expresión viva y risueña, de picaresco lenguaje, me acongoja pensar en vuestro destino, pues temo que los cierzos de la civilización ultramoderna que están enfriando a este mundo tan viejo y desequilibrado sequen el afecto en vuestros corazones y no os dejen sentir el amor por la vida, por la naturaleza toda, encontrando en ella lo que en armoniosa conjunción habla no sólo al corazón sino al cerebro.

Los árboles

A vosotros niños, os dejo la palabra para comentar estos pensamientos de Joaquín Costa y Agustín Alvarez, respectivamente:

«Vivos, regulan con sus funciones la vida de la naturaleza; muertos, con sus despojos la vida social.

«Vivos o muertos, los árboles nos acompañan doquiera en el ocaso de nuestra vida, como si fuera una dilatación de nuestro cuerpo o del alma tutelar de nuestro espíritu. Al nacer nos reciben, cual madre cariñosa, en las cuatro tablas de una cuna; al morir nos recogen, cual elemento divinidad, en las cuatro tablas de un

ataúd y nos restituyen al seno de la tierra de donde ellos y nosotros hemos salido. Y desde la cuna hasta el sepulcro no hay minuto en que podamos declararnos independientes de ellos, ni órgano de la casa que no se reconozca pariente suyo en línea recta, ni átomo de su cuerpo que no sirva a alguna de nuestras necesidades.»

.....
«Destruir un árbol sin motivo, es una perversidad contra el suelo patrio, porque es la destrucción de un valor, el aniquilamiento de una ventaja que poseía el lugar en que estaba situado; y plantar un árbol y cuidarlo hasta que se arraigue, es mejorar, en su equivalente, el suelo nacional.

«Los árboles que brotan espontánea y desordenadamente, son testimonios de la acción de la naturaleza ciega; los que brotan y crecen ordenadamente, son testimonios de la acción humana. Y así, el suelo de un país está mal ataviado o desnudo de vegetación, pudiendo estar bien vestido, si pudiendo rendir mucho, rinde poco para el nativo. La responsabilidad y el oprobio de ello recaen sobre el habitante de esa tierra, que después del empleo de la vida en hacerse cada uno más fecundo para sí mismo y más tolerable para los otros, nada más patriótico que el esfuerzo empleado en hacer al suelo patrio más fructuoso y más galano para propios y extraños.»

Al gran Sarmiento

Como una estrella que a salir dispuesta
Está pugnando por rayar la umbría
De la bóveda azul del firmamento,
Así del mundo de los grandes hombres
Que nacieran allá, en lejano día,
Nació un genio inmortal «El gran Sarmiento»

Con vista perspicaz, inteligente,
Vislumbró un horizonte desde el cielo;
Vió que la gloria de su patria amada
Estaba en educar bien a sus hijos,
Y al nacer en su pecho un gran anhelo
¡Enseñanza y Amor fueron su espada!

Remonta su ideal a lo infinito
Cual águila fugaz del pensamiento,
Para oír con el Dios de las alturas
Entre mágica música y aromas,
En eco sutilísimo del viento,
El himno universal de las criaturas.

Origen del hombre

He aquí un tema tan variado como vasto para desarrollar: El origen del hombre.

¿Quién podría dar con la clave de este interminable problema?

Millares de talentos han trabajado incesantemente para resolverlo, pero ninguno hasta nuestros días ha logrado dar luz a la ambigua pregunta:

¿Cuál fué el origen del ser superior de la creación?

En ella está encerrada nuestra civilización, nuestro idioma, todo.

Sabemos por la teoría de Ameghino que según su hipótesis el origen del hombre hallaríase en América, teoría muy lógica y aceptada por la mayoría de los hombres de ciencia.

Hace poco un profesor de Moravia ha descubierto algunos restos humanos, los que vendrían a dar luces sobre las investigaciones hechas en antropología y a demostrar el origen del hombre centro-europeo, pero hay puntos que aclarar e investigar todavía para darlo como seguro.

Si dirigimos una mirada retrospectiva podemos retrotraer un sinnúmero de hechos que nos dan una idea del principio del mundo.

Según diferentes teorías, la tierra fué en un principio una esfera formada por multitud de materias en ignición y que vagaba por el espacio, hasta que, enfriándose poco a poco, quedó reducida a lo que es hoy nuestro planeta.

Entonces aparecieron primero los animales y vegetales más rudimentarios, entre los que existían apenas diferencias mínimas, pero poco a poco las funciones fisiológicas y químicas fueron complicándose cada vez más y evolucionando de tal modo, hasta constituir las funciones elevadísimas de que se compone hoy el organismo humano.

Cómo la atmósfera de aquella época primitiva era muy densa, no llegaban los rayos solares, ni la densidad de la corteza terrestre, permitía la radiación de la masa ígnea; las tierras estaban formadas por algunas masas de materiales primeramente consolidados, que emergían en medio de aquel océano sin límites.

Una vez la atmósfera aclarada, dejó llegar a la tierra los rayos del Sol, los que no herían igualmente en unas regiones que en otras, dando así origen al clima y a las estaciones.

De este modo el primitivo hombre fué adaptándose al medio en que vivía, y así, generaciones tras generaciones ha ido adquiriendo mediante la sucesión del tiempo, el carácter peculiar de la región en que habita; así podemos ver que el clima y el medio ambiente contribuyen mucho en el carácter de un individuo cualquiera y en sus hábitos y costumbres.

Tanto el hombre como los animales que pue-

blan las regiones polares o frías, presentan modalidades distintas de los que habitan los climas cálidos; los que contemplan frecuentemente un cielo puro y diáfano y gozan de un clima delicioso, tienen amplio campo para dar vuelo a su fantasía e inspiración y cultivar más su inteligencia.

En este caso tenemos a los griegos, quienes acostumbrados a admirar las bellezas de su país en las plácidas noches de estío, poetizaban cuanto tenían en torno suyo y daban multitud de giros distintos a su pensamiento.

Entre tanto el tiempo corre sin cesar, admirándonos día a día los miles de descubrimientos que surgen del cerebro humano, no tardará en hallarse la cuna de origen de este homínido creado a imagen y semejanza del autor de todo.

El primer juguete

En fiesta de caridad
A los niños que llegaban
Un día de navidad,
Dulces o juguetes daban;
Y Miguel entre el enjambre
El niño más triste y pálido
Cuyo cuerpecito el hambre
Dejó trémulo y escuálido,

Impaciente ¡a mí! gritó.
Por favor, deme uno a mí...
¿Qué pides? ¿un dulce? — No.
¿Quiéres un juguete? — Sí!
Y al obtenerlo Miguel
Sollozaba de alegría
Porque era el juguete aquél
El primero que tenía.
A la mañana siguiente
Se le encontró en su jergón
Sin vida y dice la gente
Que murió de inanición.
Y se fué al romper de prisa
Sus cortos terrenos lazos
Con una dulce sonrisa
Y el juguete entre los brazos.

X. X.

Los ojos azules

(Anécdota)

Al esposo de cierta señora lo encarcelaron una vez, acusado de que era «un salvaje», mas todo eso era falso, porque aquel hombre no participaba de las ideas de ningún partido. Que-riendo su esposa levantar esa falsedad y con-

seguir que lo pusieran en libertad pidió una audiencia a Rosas, quien se la otorgó.

Estando en presencia de éste, la señora se expresó así:

—V. E. Quisiera hablar franca y detenidamente con usted.

—Hable no más señora, contestóle Rosas.

—De lo que acusan a mi esposo es una pura falsedad, pero explicaré el motivo que han buscado para ponerlo preso. No hace mucho tiempo mi esposo prestó cierta cantidad de dinero al general Cuitiño, mediante un pagaré, pero como se acercara el tiempo del cumplimiento y no tuvieran con qué responder, buscaron esa falsedad diciendo que era «salvaje unitario», cuando Vuestra Excelencia tiene a la vista otro «salvaje unitario» peor que él y no le hacen nada...

—¿Y quién es ese «salvaje unitario», señora? — interrumpió Rosas.

—Si V. E. me promete, bajo su palabra y como gobernador no hacerme nada, le diré cuál es.

Rosas prometió, bajo su palabra, no hacerle nada absolutamente.

Entonces dijo la señora:

—Le diré que el «salvaje unitario» peor es V. E. porque tiene los ojos azules y mi esposo lo tiene negros.

Rosas, ante esta respuesta tan ingeniosa, firmó un documento poniendo en libertad al esposo de dicha señora.

El telar de la existencia

—¿Qué tejes niña hacendosa?

¿Qué tejes en el telar?

—Pienso hacer en esta trama
mil castillos encantados
con cerrillos y collados
que conduzcan al lugar.
Por aquí unos caminitos
que se pierdan a los lejos,
por allá unos arroyuelos
que reflejen como espejos
el azul del firmamento;
por el cielo muchas nubes
rosadas y muy hermosas
que recorran el espacio
sutiles y vaporosas
más rápidas que el pensamiento.....

¡Y así su imagen volaba
en alas de encantamiento!

—Ten cuidado, no te apures,
mira qué mal has cruzado
los hilos de aquellas nubes.

¡La tela ya se ha sesgado
Y el paisaje deformado!

.....

Así en la trama del mundo
cada hilito es una vida
que se cruza con las otras
para no hallarse perdida;
Vivimos ilusionados
anhelando las riquezas,
más llega un día en que el cielo
de nuestra vida y grandezas
se carga de nubarrones
que perturban la conciencia
y entónces.... córtase pronto
el hilo de la existencia.

Primera desilusión

Aunque las ilusiones son el alimento de la esperanza, a cierta edad constituyen el pan de cada día.

¿Quién no ha forjado ilusiones cuando niño, de lo que sería cuando mayor o simplemente ha vivido ilusionado? porque la infancia está impregnada de dulzuras y caricias sobre todo cuando se pasa en un hogar feliz aunque modesto. ¿Qué son las ilusiones?

Algo tan codiciado, tan efímero, tan sutil, que de seguro por eso caben tantas en el cerebro humano y se desvanecen unas tan pronto se forjan otras.

De todos los mundos imaginarios, ninguno

tan ideal, lleno de encanto como el que emana de la leyenda de los reyes magos.

Todos los sueños de un año están sintetizados en el despertar de la noche de Reyes.

Durante esas horas de sueño intranquilo, pasan como en caravana los camellos de los reyes magos, y otros y otros más.

Parecen pocos tres camellos para contener tanto juguete, tantas golosinas, tantas muñecas, carritos, flautas, medias de Santa Claudi, pianitos, polichinelas, juguetos de cocina.

De seguro la ilusión infantil crea un juguete tal como lo soñó en sus noches de visión.

Ve cómo se lo admiran los amiguitos y hasta cómo se lo envidian. . .

Plantea lo que hará con él, cómo lo cuidará y juega muchas noches antes de la de Reyes con su adorado juguete.

¡Cuántos no acariciamos de igual modo una esperanza, una ilusión; pues ya lo dijo Calderón de la Barca: «la vida no es más que un sueño y los sueños, sueños son». . .

Muy bien todo este mundo de ilusiones, pero hablemos del reverso de la medalla.

Es cierto que donde nos descorazonamos de un ensueño, hallamos el resurgimiento de otro nuevo, mas la primera desilusión es terrible, desalentadora en extremo.

Como todos los niños y niñas de mi edad soñábamos con la llegada de los reyes.

¡Qué más encantador que imaginar cómo habrían de bajar por la azotea o filtrarse por

el balcón para llegar al zapatito y depositar el tan codiciado juguete!

¡Qué de historias tan pintorescas como inverosímiles bordó la madre cariñosa, en la imaginación de su pequeñuelo preguntón, y más de alguna vez un papá se sintió infinitamente feliz al escribir cual intérpete de su hijo, una cartita dirigida a los Reyes Magos, calle de los Dominios del Cielo, cerca del Firmamento!

Pues bien; llevaba yo cumplidos los nueve años, cuando ya algunas compañeritas habían tratado el asunto en los recreos en compañía de algunas otras mayores.

Estas, es claro, sabedoras de la verdad, gozaban en encontrar alguna que creyera todavía en lo de la estrella de Oriente, que guía a Melchor, Gaspar y Baltasar.

Yo guardé mi duda al respecto, pero no quería preguntar a nadie por no recibir otra desconcertadora respuesta acompañada de una risita burlona.

Un día el dardo de la curiosidad picó más mi incertidumbre y le pregunté a mi madre si era cierto que los reyes magos eran los padres; y ella, tal vez queriendo prolongar por más tiempo la edad feliz de la inocencia, me miró dulcemente como temiendo abrir mis ojos a la cruel realidad y me contestó:

—No, querida, ya te he dicho quiénes traen los juguetes la noche del 6 de enero.

Lo dijo con tal seguridad, que me quedé convencida otra vez de la mentira.

Años más tarde he comprendido bien todo

el caudal de su ternura, al no querer ser uno de los magos, pero sí madre y reina en mi corazón.

Pasaron varios meses y pronto se acercaba la tan deseada fecha. La noche antes pusimos mi hermano y yo, los pares de zapatos, los más viejos y más ensanchados para que cupiera mejor en los míos, la muñeca grande que esperaba, y en los de él, un caballo de cartón.

A la mañana siguiente, anhelosos corrimos a la puerta de la habitación y encontramos en los zapatos más chicos el caballito pedido, y en los míos, no la muñeca grande con traje de seda rosa, como yo quería, sino una chiquita, bien vestida; mas al levantarle el vestidito para ver bien las enaguïtas con puntillas, cayó un papelito doblado que en seguida abrí, donde decía: «Confórmate con ésta porque los reyes magos están muy pobres este año».

Mi desilusión no hubiera sido tal, sino que al leer el parrafito reconocí en seguida la letra de mi padre.

Todo el mundo se desplomó en mi corazón.

Aquella noche mi almohada fué regada por ardientes lágrimas...

.....

Hoy la experiencia, madre muy vieja, me ha enseñado ponerme cara a cara con las contrariedades de la vida, oponiendo a sus designios buena parte de ese aliciente interior que levanta el espíritu y lo fortalece.

.....

¡Oh hermosa niñez arrobadora,
cuántas dichas encierras en tu seno!
¡Quién pudiera volver a aquellos años
para vivir la vida del ensueño!

Hacia las cumbres

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares.....
¡Si es el rumbo de tu vuelo,
bajo el manso azul del cielo,
ese elevado confín
donde el Ande alza sus galas,
lleva en el pico y las alas
un saludo a San Martín!

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares.....
Dí al patriarca generoso
que el corazón sin reposo
de su pueblo lo acompaña;
y lejos de esa montaña
que alberga al cóndor y a él,
tejen aquí las matronas
para su frente, coronas
de rosas y de laurel.....

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares.....

Dile que nuestras plegarias
se levantan ofrendarias
y tiene tanto este ruego
de esperanzas y de fuego,
de fé, de luz y de amor,
que si en los Andes ardiera
la nieve se derritiera
de sus rayos al calor

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares.....
Dile en tu alado mensaje
que temblando de homenaje,
en las viviendas tranquilas
cantan versos y hacen hilas
las mujeres..... Dile, en fin,
que puro, santo, infinito,
de las almas brota un grito,
este grito: ¡San Martín!

Belisario Roldán

Origen del castellano

Lengua de Cervantes, Castelar, Iriarte, Samaniego y otros muchos eruditos. Tuviste tu origen en el árabe, el griego y el latín, fuentes de donde tomaste los vocablos que saltan de boca en boca por todo el mundo civilizado.

Este idioma tan rico, fluído, armonioso y dulce, se formó en España, después de la invasión de los romanos, quedando en él los términos del latín bajo, pero sufriendo muchas reformas fonéticas. Como el bajo latín no estaba escrito, es de suponer que las palabras pronunciadas por la gente baja y oídas por otras, ya no fueron repetidas de igual manera, alterándolas ya en la colocación de las letras o en su pronunciación.

Más tarde tomó voces del latín clásico, cuando estaba formada la lengua. Así es como muchas palabras que en castellano no hay términos tan exactos para expresarlas o que no tienen la fuerza que en el latín se toman de éste, tal cual son en el latín clásico, ejem.: la palabra «inmemoriam».

Luego de recibir esa gran masa o cantidad de vocablos del latín, recibió un buen contingente del griego. La mayor parte de los nombres científicos, los del rito religioso, artes y otros muchos, son tomados de dicho idioma.

Cuando los moros invadieron España, dejaron en ella parte de su civilización y obras arquitectónicas de su estilo, contribuyendo también con su aporte de voces; la mayoría de ellas son las que en castellano comienzan con al — ejem.: alcaucil, alcalde, alcuza, almohadilla, etc.

Aunque en menor proporción que las anteriores el vascuence y el idioma germánico han cooperado también al enriquecimiento de la

lengua, que es hoy día la más difundida y no será arriesgado afirmar que en un futuro no lejano se generalice como idioma universal.

San Martín y el banquero Aguado

(Anécdota)

Durante la guerra que los españoles sostuvieron contra Napoleón I, trabaron íntima amistad un mayor de origen americano y un joven capitán de castiza cepa andaluza. La casualidad que los había unido, quiso un día que se separaran, y así estuvieron largos años sin verse, sin escribirse, pero sin olvidarse.

Hablábase cierto día en París, en presencia del millonario Aguado, de las proezas realizadas en América, por el general San Martín.

—¡Hombre! — exclamó el banquero — yo tuve un amigo americano de este apellido, que combatió a mi lado en Bailén, y me apreciaba mucho... ¡Pero el apellido San Martín es tan común!...

San Martín a su vez, oyó mencionar al poderoso banquero español Aguado, y exclamó, haciendo memoria:

—¿Aguado? Yo he conocido una persona de este nombre, pero hay tantos Aguado!

San Martín llegó a París en 1824. Una ma-

ñana, mientras hacía su breve tocado, introdujose en su habitación un extraño que lo mira, lo examina y exclama:

—¡San Martín!

—¡Aguado, si no me engaño! — contestó el general retribuyendo el estrecho y caluroso abrazo de su antiguo amigo de rancho, peligros y alegrías.

—Almorzaremos juntos — dijo el americano.

—Convenido, pero en mi casa — contestó el español.

Y alborozados, prendidos amigablemente del brazo salieron del boulevard y, conversando y recordando, llegaron sin sentirlo, hasta la plaza de Vendome, deteniéndose ante la puerta de un suntuoso hotel. San Martín, invitado por su amigo, se detuvo en la primera grada de la escalinata y dijo, sorprendido, a su camarada:

—Pues qué ¿eres tú el renombrado banquero Aguado?

—Cuando uno no alcanza a ser libertador de medio mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero... Y riendo de la ocurrencia, llegaron ambos a los salones casi reños.

Hasta la muerte de Aguado ya no se separaron los dos amigos. Aguado fué para San Martín un verdadero hermano en las horas amargas y angustiosas del destierro, y a la generosidad del banquero debió el Washington sudamericano no caer en las garras de la miseria.

El alma grande del vencedor de Maipú recordó con ternura a su noble amigo. «Su generosidad — decía en 1842 — se ha extendido hasta después de su muerte, poniéndome a cubierto de la indigencia en el porvenir».

Damas mendocinas

(ACRÓSTICO - HISTÓRICO - POÉTICO)

¡**D**ignas matronas que lo dísteis todo
Aún perdiendo los hijos y riquezas!
Más grandes sois que toda la natura
Atesorada, de hermosuras llena,
¡**S**ois en la pequeñez, fuertes grandezas!

Mucho estima nuestra historia las virtudes
En que educásteis a los propios hijos
Nacidos para el mundo de la América,
Donde dísteis ejemplo enardecido
O servísteis a la Causa Independencia.
Como antorcha divina del pasado
Inundaréis de luz los corazones;
Nada en el mundo borrará el recuerdo
Al que ligado están las Argentinas,
Símbolo puro de hermosas tradiciones.

Vida escolar

¡Dichosa edad, la que se pasa en la escuela!
¡Dichosos sí, los que se califican de escolares!
¡Quién me deparara la suerte de volver a los años de esa infancia tan querida, donde no se sueñan más que paisajes de color de rosa, donde uno ha gozado las delicias de un hogar tranquilo, al lado de un padre bueno y de una madre tierna que ha endulzado con su cariño, las pequeñas amarguras de esa edad de oro!

Durante la infancia, la escuela ejerce distinta influencia de la que produce en la edad adolescente; todos sus episodios, impresiones, agradables o no, quedan más grabados en la memoria, ¿será porque esas imágenes son las primeras de la vida?

¿Será porque la vida escolar es una prolongación de la que se pasa en la intimidad de los hogares?

La vida escolar es necesaria al niño, pues le es beneficioso desenvolverse como ensayo en ella, para cuando tenga que actuar más tarde, como factor individual en la sociedad.

En la escuela aprende a corregir sus egoísmos naturales, a disciplinar sus actos, a comprender que si en su casa es el único a lo mejor, en la escuela es un compañero entre mu-

chos; aprende a reprimir un poco los impulsos de su carácter, a ayudar a los compañeros y a ser bueno con todos.

¡Y qué placer se experimenta al considerar una amiga que fué compañera de banco o que compartió con nosotros las horas de trabajo en la escuela!

¡Con qué alegría ríen dos viejos amigos al acordarse de las horas pasadas en ese hogar de todos los niños y al evocar sus hazañas de chicuelos!

Es pues, la vida escolar, un crisól de la existencia infantil, donde se funden y amalgaman los más sinceros afectos de nuestra alma.

Lo que vieron un par de lentes

Dorita era la alegría de la casa, la niña mimada y consentida del abuelo que veía en ella la imagen de su Rosaura cuando tenía la misma edad.

¡Qué ojos tan azules y hermosos! ¡Qué rulos tan dorados y encantadores formaban marco a su graciosa carita, cuyas mejillas habían robado a las rosas su color!

Lo que a la niña se le ocurría, era una orden casi para el viejo, que gozaba lo infinito en poder complacerla en todo.

Cuando llegó el verano, toda la familia se

fué a la hermosa quinta que poseía en un pueblo del Sud, cerquita de Chascomús.

Ya instalados, la niña no vió la hora de gozar del campo, como avecilla a la que hubieran tenido privada de libertad. Por las mañanas en cuanto amanecía se levantaba y después de tomar un rico vaso de leche recién ordeñada, emprendía la recorrida en compañía de su abuelito.

La niña corría tras las mariposas que, juguetonas se esparcían en variados giros, contentas de saber esquivarse bien de su perseguidora.

¡Qué cuadro más delicioso formaban el anciano (otra vez niño), Dorita y las mariposas! Daba gusto contemplarlos. La niña cuando conseguía alguna mariposa, corría hacia el abuelo para mostrársela, pero éste le decía: —Déjala que vuele y juegue como tú.

Cansada de ese entretenimiento, juntaba margaritas silvestres o florecillas azules con las que se complacía en sorprender a su abuelito haciéndole con ellas cosquillas por el cuello.

¡Dos edades asociadas y prolongación una de la otra!

¡Cuánta comunidad hay entre la infancia y la vejez!

Así transcurrieron varias semanas, hasta que un día se le ocurrió a Dora ir hasta la laguna próxima; por supuesto que no hubo discusión en aceptar o no la propuesta.

Caminaron una cuadras y pronto se hallaron a orillas de la laguna. Como era tempranito to-

davía había algunos pescadores que estaban recontando el producto de su pesca, lo que entusiasmó mucho a Dorita.

Después que se fueron aquéllos, correteó por allí, ávida de disfrutar del panorama de la naturaleza; mas como observara de cerca la laguna, vió algunos peces que subían y bajaban en el agua. Parecióle aquello encantador y llamó en seguida al abuelito para que los viera. Al acercarse éste a la orilla, se le cayeron los lentes. Se contrarió un tanto el anciano por el percance y la niña se empeñó en sacarlos con una rama de árbol.

Allí, creyó el par de lentes, en el primer momento, hallarse detrás de la vidriera de alguna casa de óptica, pero bien pronto salió de su engaño.

El agua se revolvió un poco, porque acudieron en seguida varios pejerreyes a darle bocados, creyendo sin duda que era algún alimento extra. ¡Cómo se ensañaban en él, que era indefenso, y de qué manera luchaban unos con otros en su voracidad por hallarse más cerca de la presa y apoderarse de ella primero!

Parecían hombres, ni más ni menos. Y allí también pudo observar durante los cortos minutos que estuvo, que el pez grande se comía al chico, que primaba siempre el más fuerte, que había envidias y míseros gusanos que se revolvían en el fondo de la laguna, pretendiendo enturbiarla.

Todo un mundo de pasiones y mezquindades, lo mismo que las humanas. No era muy

agradable por cierto su estada allí y hallábase deseoso de que lo sacaran cuanto antes, pues pensaba: Estos, aunque sea por maldad, son capaces de romperme en mil pedazos por no tener narices donde colocárselos.

Hacía estos cálculos cuando vió que una rama algo encorvada pretendía enancharlos, y se escurría, hasta que la casualidad quiso que en una segunda tentativa saliera enredada la cadenita en la punta de la rama; vió de nuevo la luz pura del sol y pensó: Me han pescado ahora como en una caña, mas yo pesqué un poco de experiencia y enseñanza al reconocer que ahí adentro, por ser menos, creí que se encontraran en paz y tranquilos, sin que hubiera discordia alguna, pero veo que me equivoqué bastante, pues sucede en la vida acuática lo mismo que en la terrestre; y ya que estoy aclimatado a vivir con los seres de esta última, me voy de nuevo a colocar sobre las narices de mi amo, satisfecho de poder ser tan servicial y ayudar a ver mejor a este pobre viejo.

Libertad

¡Como del fondo mismo de los cielos
El sol eterno rutilante se alza,
Como el seno turgente de una virgen
Al fuego de la vida se dilata,
Así radiosa
Y así sagrada,
Se levantó del mar donde yacía
La exhuberante tierra americana!

¡Como prende su túnica de rosa
Con su joya mejor la soberana,
Como entre todas las estrellas reina
El lucero magnífico del alba,
Así pulida
Y así gallarda,
Sobre todos los pueblos de su estirpe
Resplandor y joyel, surge mi patria!

¡Como buscan la luz y el aire libre
Las macilentas yerbas subterráneas,
Como ruedan tenaces y tranquilas
Al anchuroso piélago las aguas,
Así sedienta
Y así porfiada,
La triste humanidad se precipita
Al pié de la bandera azul y blanca!

Allí van congregándose a su sombra
¡Para formar después una montaña!
¡Allí van adhiriéndose en el tiempo,
Partícula a partícula, las razas!
Allí se funde
Y allí se amasa,
El hombre, tal como surgió en la mente
Del autor de los orbes y las almas!.

Pedro B. Palacios

(Almafuerte)

La historia y la leyenda

En la sucesión del tiempo dos fuerzas hablan de las luchas pasadas: la historia y la leyenda.

Las dos son igualmente potentes, sino que una habla al cerebro y a la lógica y la otra habla más a la imaginación viva y al sentimiento de aventura.

Todos los pueblos han tenido y conservan la leyenda de sus antepasados y comentan la historia de los acontecimientos que dieron gloria y renombre a los héroes de su región.

Los latinos, de espíritu ardiente, y poder de imaginación más penetrante, encontraron en todo su pasado explicación a los hechos.

Cuando la historia tenía algún punto obscuro, sobre el que se discutían sus orígenes y consecuencias, en seguida la leyenda rodeaba

de atractivo lo que aparecía misterioso e incomprendible.

La historia se limita a narrar los hechos más o menos como han tenido lugar y la leyenda agrégale ese matiz, esa variación, ese atractivo que hace de ella el símbolo de lo que fué.

Es verdad que la leyenda de Lucía Miranda por ejemplo, tiene mucho de verosímil pero se ha afirmado que no existió dicha mujer, mas ¿quién es capaz de quitar ese tinte de pasión humana que embargó el corazón de aquellos hombres semisalvajes azuzados en sus sentimientos por la belleza de la heroína? Sería suprimir en el corazón su fibra.

Siempre la belleza fué acicate de todas las mejores inspiraciones del arte, la poesía y la música.

¿Qué musas inspiraron a los griegos para cantar la belleza de sus mujeres, que no fuera la perfección armónica encarnada en ellas?

Las ninfas de la mitología griega fueron muchísimas y bien sabemos todos que más tenían de fantasía que de realidad.

Los dioses del Olimpo no fueron más que producto de la leyenda pagana, en general, aceptada como fantástica e intrincada en su laberinto de parentesco entre las divinidades.

La leyenda nos poetiza todo lo pasado, nos lo deja ver a través del prisma del sentimiento, como complementando la labor de la historia que es más razonadora y fría.

Ambas perduran a través de los siglos como retrato fiel de las tradiciones populares y

si es verdad que la leyenda nació en la antigüedad lo mismo en los pueblos cultos que en otros más ignorantes, dejemos que las dos subsistan para tocar el lirismo de las futuras generaciones, que a buen seguro, tendrán más prosáica memoria de la historia de nuestros tiempos que el recuerdo que nosotros guardamos de remotas existencias.

Primer premio

Se acercaban las fiestas de carnaval.

Toda la chiquilina del pueblo se preparaba para tomar parte en el concurso de máscaras infantiles que había de celebrarse en la «Kermesse».

El que más el que menos, había mareado a su mamá lo bastante para que le hiciera un traje y poder presentarse al concurso.

Unos querían ser arlequines; otras, damas antiguas; otros, payasos; varios, diablillos; otras, mucamitas; algunas, princesas...

Todo, en fin, lo que la mente humana pudo encerrar en las aspiraciones para el porvenir.

¿Por qué habrá ese afán en las personas de ser, aunque por algunos momentos lo que anhelan representar en su fuero interno?

¿Es que el carnaval da vuelos a la fantasía y a las aspiraciones de cada uno?

Encarna la locura, el afán de expansionarse, de dar rienda suelta al espíritu juguetón que retoza en el cuerpo del elemento joven.

Parece que la humanidad necesita ese escape a todas las gravedades del resto del año, en el que aunque la mayoría va disfrazada también, esta mascarada no engaña más que a sí mismo, porque unos disfrazan el dolor, otros la pobreza con el traje de la apariencia, otros sus sentimientos cubiertos por fuera de bondad y cortesía fingida, otros disfrazan la caridad con la indumentaria de la ostentación, y cuántos enmascaran los más bajos instintos de su ser.

Los que contemplamos una reunión de máscaras podemos hacer un lindo estudio de observación psicológica. Pero... será mejor que continúe mi relato porque si no me parece que voy a agriar la fiesta con tantas reflexiones.

Dejé a los pequeñuelos de mi cuento preparándose para estar muy lindos el día del concurso.

Las pocas tiendas que había en la localidad estuvieron de parabienes, porque dieron salida hasta las mercaderías menos vendibles que tenían durmiendo el sueño eterno en los estantes.

Llegó la tarde tan deseada para los niños.

Desde temprano multitud de pequeñuelos iban entrando a la «Kermesse».

Cada uno llevaba en su semblante la satisfacción de que era «uno de los mejores».

Todas las aspiraciones de estos futuros hom-

bres y mujeres se veían cumplidas al sentirse dentro del traje codiciado.

Los miembros del jurado tuvieron bastante trabajo, porque en verdad el esmero y buen gusto primaban en algunos disfraces, aunque no en muchos, y varios grupos infantiles llamaron la atención.

El primer premio parecía sin embargo, estar lejos de poder otorgarse.

La admiración de los presentes llegó casi al asombro cuando entró una niña vestida con hojas de chala tan bien cosidas y colocadas, que formaban un lindísimo conjunto en medio de su sencillez y acompañada por un payasito con traje punzó.

Empezaron a desfilas por delante del jurado todos los niños.

Cuando pusiéronse delante del tribunal la niña a que he hecho referencia y el payasito, tomó aquélla la palabra diciendo: «Señoras y señores: Yo me hubiera presentado con otro traje, pero el otro día encontré abandonado a este chico cerca del arroyo; lo llevé a casa y me dió lástima que se fuera; con el consentimiento de mis padres será mi hermanito y para que no dejara él también de tomar parte en esta fiesta, quise que con lo que hubiera gastado mi madre para mí le hiciera el traje de payasito dentro del cual se siente feliz, y yo me he hecho este más sencillo, que no cuesta casi nada».

Estas palabras dejaron perplejas a las personas del jurado. Cruzáronse miradas de inte-

ligencia, pues la niña había conmovido no sólo a aquellas personas sino también a todos los concurrentes.

En eso tomó la palabra el presidente del tribunal para decir conmovido lo siguiente: «Si alguno de ustedes cree que con más méritos que esta niña merece el primer premio, que se adelante y entonces lo sortearemos entre los dos, pues el jurado no puede dejar de dar su justo merecido a los nobles sentimientos de esta niña, demostrando a la vez su ingenio y habilidad para confeccionarse ella misma traje tan sencillo y bonito.

Nadie dijo una palabra.

Entonces un aplauso espontáneo brotó de la concurrencia y al dar el primer premio a la bondadosa criatura muchos ojos se humedecieron de emoción, la que también embargó a la chica, que no cabía en sí de alegría.

Lucha

De la vida me lanzó en el combate
sin que me selle filiación alguna,
y atrás no he de volver hasta que ate
a mi triunfante carro la fortuna.

Contra mis enemigos, terco y rudo
esgrimiré en la lid que no me apoca
por lanza mi razón, y como escudo
mi carácter más firme que una roca.

Ni el desengaño pertinaz me arredra
ni ante los golpes del dolor me humillo,
la estatua surge de la tosca piedra
a fuerza de cincel y de martillo.

Combatir es vivir... la luz sublime
entre las sombras de la noche crece;
espada que en la lucha no se esgrime
colgada en la panoplia se enmohece

¡Mi corazón en peligro no repara!
o subir a la cúspide consigo,
o morir sin volver atrás la cara
despreciando, al caer, a mi enemigo.

Ni la derrota en mi dolor rehuyo...
más antes de rendirme fatigado
me encerraré en la torre de mi orgullo
y en sus sombras, moriré aplastado.

Francisco Villaespesa.

Las charreteras de Oribe

(Anécdota)

En lo más recio de la batalla de Ituzaingó, tres formidables e impetuosos ataques contra los incommovibles cuadros de los regimientos imperiales, desmoralizaron a los jinetes repu-

blicanos. Don Manuel Oribe, uno de los jefes que más se distinguieron en aquella lucha de bravos, estaba empeñado en romper el muro de bayonetas que tenía delante, y para conseguirlo trató de conducir una vez más a la carga a sus diezmados escuadrones. Pero su empeño resultó vano; perdido el nervio y desvanecida la confianza, los soldados se arremolinaban, sordos a las excitaciones de los oficiales, y sin ánimo de atacar y de combatir. Entonces Oribe echó pie a tierra y, arrancándose las charreteras, las pisoteó, airado, mientras decía a sus soldados que le contemplaban estupefactos y confundidos:

—Eso es lo que ustedes merecen. Yo no he nacido para mandar cobardes. — Tras cuyas palabras montó de nuevo en su brioso corcel y se lanzó sobre las masas enemigas.

Las palabras del jefe llegaron al alma de los soldados y, desvanecido el momentáneo pánico, se ordenaron al instante y derrochando valor y sangre fría quebraron cuanto se opuso a su avance, lanceando al enemigo, que huyó a la desbandada.

Esclavos de la ciencia

El título ya me delata. Seguramente adivináis que voy a ocuparme de los sabios, de los hombres con más paciencia que Job, que no

tuvieron otra ambición que saber más y más para ellos y para la humanidad.

Pues bien, a ellos dedico estos renglones íntimamente satisfecha de que los conozcais aunque sea de nombre. En este instante viene a mi memoria la frase de un sabio que al oír ponderar su sapiencia contestó: «Sólo sé que nada sé».

Hermosa respuesta del modesto hombre.

Pero entremos de lleno al punto.

Si recordáis los que en vuestras lecciones de diario habéis nombrado, veréis que la ciencia ha encontrado en estos hombres, dignos representantes de su virtud y ellos, a su vez, yendo en busca de sus luces han proporcionado grandes beneficios.

En las diversas ramas de la ciencia han descollado como físicos Galileo, Remur, Papin, Arquímedes, Volta, Descartes, Ampère, Pascal, Bunsen, y muchos otros grandes colaboradores de los que acabo de enunciar.

Sin la constancia de estos estudiosos, ¿tendríamos ahora pilas, termómetros, timbres eléctricos, y gran variedad de industrias debidas a las aplicaciones de leyes deducidas por ellos?

¿Quién, sino espíritus investigadores pudieron llegar a descubrir y aplicar con rendimiento superior, los gases, metales, metaloides, e idear aparatos y fórmulas que darían combinaciones sorprendentes, tan propias de la alquimia, hasta pretender convertir en la actualidad el mercurio en oro?

Esclavos del laboratorio fueron: Lavoisier, Gay-Loussac, Verzelius y otros muchos.

Y ¿quién, sino los naturalistas tuvieron como ideal en su vida efectuar estudios sobre microorganismos, cultivos de bacilos y otras miles experiencias que redundarían en bien de todos haciéndose por ello acreedores al respeto y consideración del mundo entero?

¿Quién no recuerda a Pasteur escudriñando un tubo de ensayo con su preparado, de donde saldrían algunas de las vacunas que ideó?

Aristóteles, Cuvier, Claus, Darwin, Ameghino, y Holmberg, ¿no son ases de la ciencia en sus diversas ramas? Y ¿quién, sino Flammarion, Keppler, Julio Verne, Laplace, Martín Gil, y otros muchos astrónomos y matemáticos, han pasado largos años observando el cielo, los astros y sus movimientos para estudiar y plantear las leyes que rigen los movimientos del universo entero?

¿No recordáis que sólo Koch estuvo trece años (tantos como tenéis algunos de vosotros), hasta lograr descubrir el bacilo de la tuberculosis? Y que el doctor Roffo lleva ya unos cuantos también para estudiar el cáncer, con resultados bastante satisfactorios?

Todos estos talentos en las ciencias, y miles más que sería largo enumerar, son ejemplo vivo de que la constancia y el estudio, tarde o temprano, dan sus frutos, de los que gozamos sin pensar en ellos a veces, los que veneramos su desinterés, paciencia e inteligencia puestas al servicio de tan noble causa.

La página blanca

Un poeta joven de la dulce Francia
que lleva sin mengua su estirpe gloriosa
ha elegido en versos de suave fragancia
como a la más bella la página rosa.
.....

Yo elijo la blanca, amo la blancura
que es una infinita síntesis del día,
adoro ese tono que evoca la albura
llena de bondades de la Eucaristía.
.....

No es solo la gama de las inocencias,
los tiernos jazmines, los lirios triunfales,
las hostias sagradas y las transparencias
de los armoniosos corderos pascuales.
.....

No es solo ese cándido y puro fulgor,
que en nobles pedazos engendra Carrara,
y que en una sinfonía en blanco mayor
inspiró a otra lira francesa y preclara.
.....

Un canto más niveo que la estepa rusa,
un canto muy blanco, muy blanco y muy frío,
a cuyo contacto se animó la musa
tres veces bendita de Rubén Darío.
.....

No es solo la nieve, los cirios, la luna,
y el fondo divino que brilla en la tez,
es blanca, muy blanca señora la cuna,
y es blanca, muy blanca también la vejez.

.....
Vestidos de blanco venimos al mundo,
de blanco dejamos después sus umbrales,
y en el intermedio lírico y profundo,
son blancos, muy blancos los velos nupciales.

.....
Y las almas santas, esas criaturas
que llevar parecen alas en el flanco
las almas sin manchas, solemnes y puras
sabedlo, señora, son almas en blanco.

Belisario Roldán

La cuerda del sentimiento

Un virtuoso que habitaba una ciudad del Adriático, formaba parte de la orquesta de uno de los teatros más afamados.

Aunque las representaciones eran de lo mejor, mucho público, amante de la buena música, acudía sólo por oír al violinista que hacía maravillas con su arco.

Era solicitado de todas las fiestas como número superior, hasta que un día en que el sobe-

rano quiso dar una fiesta campestre, le pareció ideal mandar llamar al famoso violinista para hacer las delicias de sus invitados.

Pasaron el día entretenidísimos, ya cazando, ya jugando partidas de naipes o simulando cacerías de zorro.

Para amenizar el almuerzo, el violinista tocó varias piezas escogidas, pero los asistentes pedían otra y otra...

Cuando llegó la tarde, el té no podía tomarse sin música y el virtuoso tocó de nuevo con tantos bríos que dos cuerdas saltaron de sus ajustes, rompiéndose.

Reparó como pudo el percance; y siguió tocando. A poco de continuar volvieron a romperse las anteriores y una más, cosa que no era tan fácil de arreglar en aquel sitio; entonces pidieron todos: —Que siga tocando, que siga tocando... ¡qué lástima!

Había puesto todo su arte y maestría en tocar las anteriores piezas, pero ahora...

Sintió la placidez de la hora en su alma, el crepúsculo que invadía poco a poco las claridades del día, el arrobamiento de los que le escuchaban, todo; y en un supremo momento de inspiración, comenzó preludiando como pudo sonidos suaves, dulces, hasta llegar a lo increíble.

Aquello fué un delirio de todos.

Era que aun cuando tocaba en una sola cuerda, su alma vibraba en ella, pues había pulsado magistralmente la cuerda de su sentimiento...

El rey, emocionadísimo, ofreció al violín de sola cuerda un sitio de honor en palacio, asegurándole por toda su vida un tranquilo porvenir.

La familia de don Verbo

Señores:

He llegado felizmente al término del curso escolar, durante cuyos meses, harto largos para mí, he trabado conocimiento con una familia muy simpática la cual, con el debido permiso, voy a presentar a ustedes; se llama la familia de «Don Verbo». «Don Verbo» es el padre y por ende la persona más importante de la casa. Tiene cuatro modos de comunicar sus órdenes: el «Indicativo» cuando está serio; el «Subjuntivo» cuando está triste; el «Infinitivo» cuando está displicente; el «Imperativo» cuando quiere mortificar a su esposa «Doña Nombre» y a su hijo mayor, el señorito «Pronombre», pues se empeña en afirmar que los dos son «sujetos suyos».

La conducta de «Don Verbo» es bastante «regular», pero a veces pierde los estribos y se hace «irregular» y hasta «defectuoso»; mas ésto no quita para que con frecuencia sirva de «auxiliar» a sus semejantes, porque, eso sí,

tiene buen corazón y es amigo de hacer bien al prójimo.

Su esposa «Doña Nombre» es una persona conocidísima en todas partes y tiene la manía de llamar a todo bicho viviente por lo que es, dando motivo con ello a frecuentes altercados con su esposo por cuestiones personales, pero al fin se establece siempre la concordancia entre los dos.

El lenguaje de «Doña Nombre» es muy «común», así es que al pan lo llama pan y al vino, vino; pero varía mucho en su carácter y unas veces es «simple», otras «propio», ahora «colectivo», ahora, «derivado» y estando de mal humor «aumenta» atrozmente las cosas o las «disminuye» de una manera considerable.

El señorito «Pronombre», que ya dije era el hijo más viejo, tiene un talento muy precoz, por lo cual «substituye» con frecuencia a su madre en los asuntos de la casa; por eso cuando habla lo hace refiriéndose a su mamá.

Es, sin embargo, un joven muy susceptible y en sus ratos de «esplín» manifiesta ideas muy «personales» o «demostrativas» o «pose-sivas» o «indeterminadas»; pero en general es un chico bastante «reflexivo». «Artículo» y «Adjetivo» son dos hijos pequeños del consabido matrimonio. El primera bastante «caprichoso», es con todo una criatura angelical y tan cariñoso con su mamita que rara vez se separa de ella. «Adjetivo», por el contrario, es el niño más independiente que he conocido: siempre de buen humor, salta, corre y baila al-

rededor de su madre, y con su idiosincrasia tan pronto la dirige los «calificativos» más groseros y denigrantes, como la acaricia con los epítetos más escogidos de su repertorio, llegando en muchos casos al grado «superlativo».

Otro de los hijos es «Participio», muy parecido a su hermanito «Adjetivo», tan parecido que hay personas que los confunden; pero casi siempre se distingue por la manía que tiene de ayudar a su papá cuando este señor quiere ventilar asuntos de la clase pasiva.

«Adverbio» es otro vástago de la familia, muy impertinente, muy descontentadizo y muy atrevido, es un sempiterno discutidor con sus hermanitos; ora habla del «tiempo», ora del «modo», ya del «lugar», ya del «orden», «afirma», «niega», «compara»... en fin, es un arrapiezo, que a no ampararse en «Don Verbo», su papá, ya le hubieran roto las costillas sus mismos hermanos.

Réstanos solamente presentar a las tres niñas de esta original familia: se llaman «Preposición», «Conjunción» e «Interjección».

«Preposición» es la mayor de las tres y no hace otra cosa que acompañar a su mamá «Doña Nombre» cuando ésta varía algo de modo de ser. «Interjección» es sumamente nerviosa, así que por un «quítame allá esas pajas» pone el grito en el cielo, pero por lo regular, también se alegra y no es raro verla conmover los corazones de los que la escuchan.

Finalmente, «Conjunción» es la más peque-

ñita, la más mona y la más querida también. Esta es el lazo de unión de toda la familia; por eso la idolatran todos con cariño, aunque en ocasiones lo echa todo a perder; pero la disculpan sus pocos años.

¿Quieren ustedes saber, queridos niños, para hacerles una visita, dónde viven «Don Verbo» y «Doña Nombre» con toda su interesante prole? Pues en su Palacio de la «Gramática», donde he logrado familiarizarme con ellos gracias a las insinuaciones paternales y a las repetidas reprimendas de mi maestro.

He dicho.

M. Aurelio Bravo.

Los frutos de la lectura

Ahora, niño, que has tenido oportunidad de leer alguno que otro libro sobre ciencias naturales, historia, geografía, narración de viajes, u otros por el estilo, ¿qué me dices de lo que vale, en tu concepto, un libro?

Cuando te has maravillado al leer la vida y costumbre de los animales, ¿no pensaste por un momento los años de labor que significan esos libros a Linneo, Aristóteles, Buffón, Cuvier, Samarck, Burmeister, Claus y otros?

Cuando has leído narraciones de viajes por

países ignotos y llenos de curiosidades, que llenaban tu imaginación por completo viendo paisajes de toda naturaleza, ¿no hubo un momento en que te sentías en el mismo tren o a bordo del mismo vapor que surcaba los diversos mares?

¿Quién sino el libro te proporcionó ese goce?

Y al deleitarte, cuando chico con los cuentos de hadas y la historia de «Pulgarcito», no adivinaste que un cerebro pleno de imaginación de niño, construía todas esas escenas para ti?

Y bien sé cuánto te regocijaste al aprender «versos», según tú decías, sólo por oír la armonía y dulzura de sus palabras consonantes y cómo con sólo repetirlas dos veces quedaban grabadas en tu memoria virgen. ¿Quién, sino la poesía era la que deslizábase como música arrobador en tus oídos?

Gran parte del haber de nuestros conocimientos útiles son fruto que manaba de entre las hojas de los libros que leímos y releímos en nuestra infancia.

Los buenos libros despiertan la imaginación, nos refinan el gusto por las lecturas sanas, recreativas y deleitosas, distraen nuestros ocios, nos aíslan de los malos pensamientos, son acicate del saber «algo más» de lo que poseemos y elevan el espíritu del lector consciente de su importancia como auxiliar poderoso, porque has de tener en cuenta que no sólo basta leer con mirada superficial un capítulo, una no-

vela, un cuento, es preciso «asimilar» para poder estar convencido luego de que «ya sabes leer».

Cuando recopiles y recuerdes las páginas leídas hasta esta etapa de tu preparación, nunca te parezca lo suficiente, pues por mucho que hayas leído aun no has llegado al «prólogo» del libro de tu existencia y piensa que no se ha abierto para tí el libro de la vida, en cuyas páginas y sin darte cuenta, escribirás, mira bien lo que digo, sólo tus buenas acciones que serán el «epílogo» más satisfactorio de tu conciencia moral.

La máscara

(FÁBULA) de *E. Trilussa*

Me dizfracé una vez, y todavía
conservo aquella cara de cartón
que me sirvió para ocultar la mía.
Veinte años ha que vive en un rincón
esa vieja careta ya empolvada.
¡Y siempre con idéntica expresión!
¡Y siempre con la misma carcajada!
¿Cómo haces tú, le preguntaba, un día,
para estar siempre de tan buen humor,
aún en los momentos del dolor,
cuando se ensaña en mí la suerte impía?
¡Félic de tí que nada te desvía

porque no tienes corazón ni amor!
La máscara repuso: — ¿Y tú que ganas
con llorar como imagen de retablo?
Que la gente se diga: «¡Pobre diablo!»
Lo siento, más tus lágrimas son vanas.
Mo me importa un comino tu aflicción,
Haz como yo que sin cesar me río
Y si sangra tu pobre corazón,
cubre tu rostro con el rostro mío,
para no ser objeto de irrisión»
Desde entonces escondo mi ansiedad
bajo aquella alegría que despista
y paso por un célebre egoísta
que se chancea de la humanidad.

Traducción de Ricardo del Campo

Palabras de despedida

Niños: al llegar este momento de la partida, una emoción muy íntima nos embarga por el hecho de que toda separación es siempre dolorosa y afecta hasta las fibras menos sensibles del corazón humano.

Al iros de esta casa de estudios, dejáis en ella parte de vuestro ser, de vuestra vida, de vuestros esfuerzos por dar cumplimiento y aprovechar las lecciones que a diario os hemos dado, poniendo en ellas no sólo el aporte ins-

tructivo, sino salpicándolo de ese amor y entusiasmo que todo buen maestro debe poner de su sentir.

La escuela os ha tomado analfabetos y ahora, después de algunos años de tesón y esfuerzo, os devuelve a vuestros hogares con un bagaje de conocimientos suficientes para emprender nuevos rumbos en las ciencias o en las artes; cada uno de vosotros deberá seguir siempre el Norte de vuestra brújula, marcado por la voz interior que aconseja bien, que reprocha lo malo y se siente satisfecha de las buenas acciones.

La escuela os ha dado vida física, alimento nutritivo para el cerebro y enseñanza moral: y digo vida física porque ¿no es parte de la vida el hermoso sol de estos patios, que bañaba vuestras cabezas como bendiciendo la labor desarrollada en cada hora?

¿No es vida el aire puro que acariciaba vuestros semblantes, satisfechos de besar a los capullos en flor?

¿No es alimento del cerebro los conocimientos que cada maestra ha grabado en vuestra mente? ¿No es enseñanza moral la observación hecha por la maestra cuando os llamaba aparte para leer, como a través de un cristal, la falta cometida, en la expresión de vuestros ojos, y en vuestra conciencia, el arrepentimiento, para daros luego un consejo y recoger la esperanza de que no volveríais a incurrir en la misma falta?

¿No es daros vida y alma al asociarse en

todo con vosotros y vuestros hogares, en las penas y alegrías, en la cooperación material y en la que consuela de las vicisitudes del bregar diario?

Por eso quisiera que al llegar a vuestras casas hiciérais partícipes a vuestros padres de estas palabras mías, que meditéis un poquito en el sentimiento con que están escritas y entonces veréis que son palabras cariñosas que os dirige en nombre de la escuela una maestra encarnada en una madre.

Y como en todos los actos de nuestra vida podemos alternar la prosa con la poesía, a continuación va una mía en que comparándoos a golondrinas os digo lo siguiente:



Golondrinas que volais

Si al escuchar las voces que os despiden
En rumoroso enjambre, cariñosas,
El pesar y la congoja os persiguen,
Oid lo que dicen anhelosas:
«Hermanas del ayer, no nos olviden»

Cuando os priveis de una vida placentera
Para buscar las luces de la ciencia,
Acudid a esta escuela de sapiencia,
Que ella vive en constante primavera
Prodigando a raudales su experiencia.

Puesto que sois pedazos de su vida
Se apena vuestra madre, golondrinas,
Y si volais en pos de otra acogida
Llevad en vuestras alas peregrinas,
El último adios de la partida.

INDICE

	Páginas
Prólogo.....	5
Refranero escolar.....	7
El sonar de la campana.....	8
El valor del tiempo.....	9
Invocación — A Mitre.....	11
Descripción.....	12
Momentos de angustia.....	13
Fuego interior.....	14
El clavel disciplinado.....	16
La cucaña.....	18
«El mejor amigo».....	20
Viaje aéreo.....	21
Una réplica.....	24
Siluetas y perfiles.....	25
El avaro.....	28
La seda y la lana.....	29
Naufragio.....	32
Hermanas en lo sublime.....	34
Otoño en la altiplanicie.....	35
Sabia contestación.....	36
Maravillas del mar.....	37
Lo blanco y lo negro.....	39
El diamante.....	40
Iguazú.....	41

INDICE

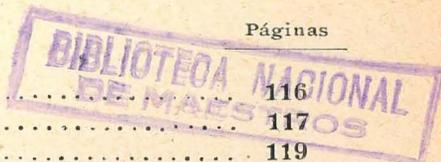
**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

Páginas

Venus.....	42
Ocurrencia.....	45
«Moiselle».....	45
Pasteur y sus descubrimientos.....	54
Antídotos recomendables.....	57
Un plato sugestivo.....	59
La nube y la fuente.....	60
Por el río Uruguay, aguas arriba.....	61
Un gran patriota.....	66
Día gris.....	67
La niña honrada.....	68
Recuerdos de la infancia.....	69
Marte.....	72
La memoria de Urquiza.....	75
El sentimiento.....	76
Felicidad.....	77
Visitando el histórico museo.....	78
Las nubes.....	79
El rosario de mi madre.....	81
El arte y la caridad unidos.....	82
Himno. a la escuela.....	83
Enanos y gigantes.....	84
El futuro hombre.....	93
Juegos de chicos y grandes.....	94
Irónica orden de pago.....	95
Filosofía de un organillero.....	96
Palabras y Hechos.....	98
Comparando.....	99
Su mejor retrato.....	101
La luciérnaga.....	105
La verdadera amistad.....	106
Culto.....	108
Todo tiene su destino.....	109
Los árboles.....	111
Al gran Sarmiento.....	113
El Origen del hombre.....	114

INDICE

	Páginas
El primer juguete.....	116
Los ojos azules.....	117
El telar de la existencia.....	119
Primera desilusión.....	120
Hacia las cumbres.....	124
Origen del castellano.....	125
San Martín y el banquero Aguado.....	127
Damas mendocinas.....	129
Vida escolar.....	130
Lo que vieron un par de lentes.....	131
Libertad.....	135
La historia y la leyenda.....	136
Primer premio.....	138
Lucha.....	141
Las charreteras de Oribe.....	142
Esclavos de la ciencia.....	143
La página blanca.....	146
La cuerda del sentimiento.....	147
La familia de don Verbo.....	149
Los frutos de la lectura.....	152
La máscara.....	154
Palabras de despedida.....	155
Golondrinas que voláis.....	158





LL
1926
AND